



*Piensa un momento el por qué has
llegado aquí.*

*Todos estamos buscando algo, no eres la
excepción.*

*Sin importar lo que estés buscando: una
respuesta, un motivo, una cura, una
solución...*

*Cualquiera de ellas está en ti.
Sólo necesitas saber hacer las preguntas.*

*Al encontrar las respuestas, encontrarás
el camino.*

Índice

Prefacio	4
----------------	---

SECCIÓN I – COMPRENDER QUIÉNES SOMOS

Capítulo uno.

¿QUÉ SABEMOS? (De volver a aprender lo aprendido)	8
---	---

Capítulo dos

¿QUIÉNES SOMOS? (De los privilegios de ser humano)	16
--	----

Capítulo tres.

¿CÓMO FUNCIONAMOS? (Del milagro del recipiente)	25
---	----

SECCIÓN II – COMPRENDER QUÉ DESEAMOS

Capítulo cuatro.

¿A QUÉ PERTENECEMOS? (Del equilibrio con nuestro sistema)	34
---	----

Capítulo cinco.

¿QUÉ DESEAMOS? (De la búsqueda del objetivo)	42
--	----

Capítulo seis.

¿QUÉ APORTAMOS? (del trabajo consciente en el cumplimiento del propósito).....	47
--	----

SECCIÓN III – COMPRENDER CÓMO CONSEGUIRLO

Capítulo siete.

¿DÓNDE EXISTIMOS? (De la constitución y creación de la realidad)	56
--	----

Capítulo ocho.

¿A QUIÉN ACUDIMOS? (Del océano subconsciente)	64
---	----

Capítulo nueve.

¿QUÉ ES LA FE? (De la capacidad creadora)	71
---	----

Epílogo	76
---------------	----

Prefacio.

Al día presente, demasiado se ha dicho acerca de las verdades absolutas que intentan encauzar el conocimiento de uno mismo. Demasiado se ha intentado definir al ser humano bajo puntos de vista totalitarios; Y demasiado se ha especulado sobre las respuestas correctas a preguntas instintivas de cualquier individuo, tales como: ¿Cuál es el propósito de la existencia? ¿Para qué estamos aquí? ¿Existe Dios? ¿Cuál es la fórmula para ser feliz? ¿Por qué tenemos problemas? ¿Existe el destino? ¿Qué guía el curso de nuestra vida? ¿Existe la eternidad después de la muerte? ¿Cómo podemos ser mejores personas? ¿Existe el bien y el mal? ¿De qué depende nuestra salud física realmente? ¿A quién es correcto acudir para buscar guía? Por citar algunos ejemplos.

De modo que no es de ningún modo la intención de este tratado el ofrecer un nuevo punto de vista totalitario en materia de otorgar respuestas a preguntas tan naturalmente humanas. Por el contrario, el propósito de este tratado, es abrir la consciencia a la capacidad de comprender, de inicio, el por qué estas preguntas están presentes en cada uno de nosotros; comprender que esto no es una casualidad, como tampoco lo son ninguna de las circunstancias presentes en nuestra vida, sobre todo, aquellas que consideramos "*adversas*"; y que las respuestas a todas estas preguntas, así como las soluciones para estas situaciones se encuentran dentro y no fuera de nosotros.

Abrir la mente a comprender que en nuestro interior existe latente un conocimiento ancestral que nos ha sido heredado como herramienta para guiarnos no sólo en la supervivencia, sino en la búsqueda del estado ideal de cada uno como individuo; y tanto la confirmación de esto, como el acceso a este conocimiento, pueden ser encontrados si ponemos atención a las pistas que están a todo alrededor nuestro, incluso en ocasiones, dentro de esos mismos puntos de vista totalitarios.

De modo que, para llegar a esta comprensión, debemos reconsiderar desde un nuevo punto de vista, uno más universal, para comprender que la aportación de las grandes mentes que crearon una piedra angular ideológica, son en sí mismas (por opuestas que en ocasiones pudieran parecer), herramientas para una misma y única finalidad: El aportar un apoyo o una guía en la búsqueda incansable de la humanidad, una búsqueda que parece ser inherente a su mismo ser y que es expresada como un anhelo de bienestar, de plenitud y una necesidad de pertenencia: La constante búsqueda de la felicidad.

Sin embargo, el hecho de que nuestro aprendizaje en lo que respecta a esta búsqueda del estado ideal del ser humano, sea casi siempre guiado por alguno o varios de estos puntos de vista totalitarios, tales como: El familiar, el social, el religioso, el psicológico o el médico (entre otras tantas posibilidades), usualmente conlleva a que la gran generalidad de los individuos adopte de igual modo un punto de vista particular y totalitario para con esta búsqueda de la felicidad, intentando dar respuesta a todas sus preguntas instintivas por medio de este único punto, asumiendo que estas respuestas deben venir del exterior de sí mismo y que serán descubiertas mediante el estudio a fondo de este punto de vista particular.

El resultado de esto, conlleva a que una gran parte de la humanidad viva su vida, atrapada entre una constante carrera por acumular marcadores de tareas finalizadas: grados escolares, trabajo, matrimonio, hijos, dinero, éxito; y una constante sensación de que (aún tal vez logrando todos) “*algo falta*” para ser feliz. Y esto es perfectamente comprensible si partimos del punto en el que, desde que tenemos uso de razón, se nos ha enseñado y aleccionado sobre cómo pensar, en qué creer, qué sentir, qué es posible y qué imposible, e incluso, qué es real y qué no lo es. Lo que escasamente nos enseñan es a intentar buscar ese aprendizaje por nosotros mismos, lo que conlleva de inicio a la corrupción del propósito de este aprendizaje, que es que cada individuo sea capaz de encontrar su identidad, su pertenencia y su equilibrio para poder entender de modo

consciente el cómo lograr la felicidad y qué acciones y decisiones requiere para realizarlo.

Es por esto que pudiera parecer complicado el lograr una vida plena y feliz, si vivimos creyendo en que la fórmula para esto se encuentra en desplazar nuestros instintos para acatar este aleccionamiento de la realidad en que vivimos en materia de quién y de cómo debemos ser para ser "*socialmente felices*". Y es por esto mismo que resulta esencial dejar de lado lo aprendido para ir en busca de ese conocimiento y realización propios, con ayuda del conocimiento ancestral heredado, que espera dentro de nosotros para que hagamos uso de él.

Sin importar si sólo buscamos un pequeño cambio en nuestras vidas, o si anhelamos vivir una realidad completamente diferente a la presente, el cambio ligero, o la creación de esta nueva realidad, radica en nosotros mismos, y resulta natural si estamos abiertos a comprometernos con tres sencillas tareas: Re – definir quiénes somos, lo que implica comprender y hacernos responsables de nuestras capacidades, conexiones y compromisos. Definir qué es lo que queremos, aquello que nos llevaría al estado de felicidad y planitud en nuestra vida, lo que implica la comprensión real de nuestro propósito y cómo el cumplirlo es cimiento esencial para la realización de nuestros sueños. Y finalmente; Saber cómo lograrlo, es decir, saber cómo pasar de la realidad actual a aquella que buscamos vivir, para lo cual es indispensable comprender cómo ha sido creada la realidad presente y cómo es posible de modo instintivo para nosotros esta misma creación.

Dicho esto, en resumidas cuentas, el propósito de este tratado es aportar no un nuevo punto de vista, sino el hacer uso de la verdad en todos los ya existentes, en un intento de proporcionar apoyo para el descubrimiento de todo aquello que buscamos, apuntando esta búsqueda al único lugar en donde todas las verdades subyacen: Al interior de nosotros mismos.

SECCIÓN I – COMPRENDER QUIÉNES SOMOS

Capítulo uno. - ¿QUÉ SABEMOS?

(De volver a aprender lo aprendido.)

Como punto de partida es necesario hablar de lo que *sabemos*. Es decir, de todo lo que damos por sentado y aceptamos como real, gracias a todo aquello que creemos haber aprendido ya, a lo largo de nuestra vida.

Ahora bien, cuando hablamos de aprendizaje nos referimos a la adquisición de nuevo conocimiento, de modo que, resulta obvio hacer mención del hecho de que la vida es en sí misma, un proceso continuo de aprendizaje. Lo que no siempre resulta igual de obvio, sin embargo, es que es imprescindible hacer una importante distinción entre el conocimiento que hemos adquirido por iniciativa propia, es decir, por *curiosidad*, búsqueda o experiencia individual; y, por otro lado, el conocimiento que adquirimos porque nos ha sido *enseñado*.

La importancia de saber identificar la diferencia entre estos dos tipos de aprendizaje, radica en que de este modo seremos capaces de comprender también que cada uno de ellos, nos forma como el individuo que actualmente somos, pero a niveles distintos.

El aprendizaje guiado por nuestro instinto, o *aprendizaje instintivo* es el que buscamos como individuos con el propósito de satisfacer a cuestiones o preguntas inherentes a nuestra propia existencia y relativas a lo que podríamos llamar en general la búsqueda de una vida plena y feliz.

Por otro lado, todo aquello que nos ha sido enseñado a lo largo de nuestra vida, o *aprendizaje por enseñanza* (que finalmente se nos enseña con la promesa de una vida plena y feliz, que es el mismo propósito de nuestro instinto, pero impuesto), es básicamente lo que conforma nuestra identidad, nuestra mente consciente, o ego; mismo que, irónicamente, constituye el obstáculo más significativo para el aprendizaje instintivo. Ya que, conscientemente defenderemos hasta el fin nuestras enseñanzas, nuestro aleccionamiento frente a toda idea o planteamiento que parezca ir en contra de lo que nuestro ego adoptó como verdad; incluso al grado de crear conflicto y complicaciones en nuestra vida en ciertas ocasiones, que fácilmente identificamos como aquellas en las que “*tenemos problemas por ego*”.

De modo que sí, es necesario regresar al punto de inicio, para llevar a cabo un aprendizaje instintivo sobre nosotros mismos, sobre nuestra vida, sobre nuestra búsqueda y nuestro propósito. Más allá de lo que ya *creamos saber* porque alguien nos lo enseñó. Más allá de lo que consideramos real o posible.

Y es precisamente por esto que el volver a aprender lo aprendido, pero desde un punto de vista individual de experiencia, requerirá tal vez de una guía, pero nunca una enseñanza. El aprendizaje debe ser propio para lograr una mejoría o trascendencia en nuestra vida, y es por esto que, si es eso lo que buscamos, nuestro único compromiso debería ser tomar todo el conocimiento, todas las ideas a nuestro alrededor de un modo objetivo e imparcial, ya que gracias a todo ello podemos generar nuestro propio aprendizaje.

Por supuesto, como en toda vez que aprendemos un concepto nuevo, lo hacemos para darnos cuenta de que ese concepto abarca una cierta cantidad de términos o ideas de las cuales tampoco sabíamos antes; de aquí en adelante tendremos que ocuparnos también de intentar enfocar primero, los conceptos de los que aquí hablamos y con qué propósito lo hacemos, porque, las palabras aquí usadas y que son de total conocimiento popular, fueron elegidas por ser el nombre que en su interpretación, se asemeja más al concepto que intentamos describir. Palabras como: Fe, energía, alma, consciencia, etc. Pero no debemos olvidar que, en la mayoría de las ocasiones, el concepto de entendimiento general de estas palabras no basta para desarrollar completamente la idea completa que se quiere transmitir con ellas.

Es precisamente por esto que, para los fines propios de este tratado, resulta muy útil sincronizar un poco mejor la definición de estos conceptos, en el entendido de que no pretendemos re escribir los significados aceptados de los mismos, sino valernos de ellos para afinar nuestro entendimiento al respecto:

Consciencia universal. Lo que cualquiera podría identificar como Dios. Es el todo, es el siempre. El principio y el fin... y todo lo que hay en medio de estos. La energía consciente primigenia que se manifestó posteriormente en todo lo que existe, universo, galaxias, planetas. Esa energía omnipresente desde el momento en el que comenzó el tiempo. Es conocimiento puro, consciente de sí mismo, cuyas ramificaciones se conectan a todas y cada una de las consciencias existentes en el universo, independientemente de si nosotros sabemos de ellas o no. Es toda la energía que aún no se identifica por completo, pero que sabemos que ahí está. Y el comprender y hacernos conscientes de su existencia es esencial para comprender la nuestra propia; el entender por cualquiera de los medios posibles que pertenecemos a algo mucho más grande que nosotros es sólo el inicio de intentar comprender quiénes somos.

Es necesario comprender que la búsqueda del camino de regreso al todo es una necesidad instintiva de la consciencia, como lo es del cuerpo el procurarse el alimento que lo mantiene funcionando, es darnos la oportunidad de abrir la primera puerta, la que separa el encierro del individualismo (que deriva en vivir una vida a merced de una realidad que creemos absoluta) y la vastedad de la existencia, en donde alguno de los muchos caminos nos puede llevar no sólo a una vida, sino a la seguridad de una existencia como parte del todo, en donde vivimos exactamente del modo que deseamos. Ya que cada uno de nosotros,

como consciencia individual, tenemos no sólo la capacidad, sino la necesidad instintiva de sintonizarnos con la consciencia universal y eso se transforma en la libertad de poder movernos en la vida del modo que nos plazca.

Para ejemplificar la verdad de esto, pensemos por un momento en nuestro hermoso planeta Tierra, que se rige por ciertas *leyes naturales* que ya conocemos. Si nosotros quisiéramos llegar volando de un lugar a otro, y lo intentáramos dando un gran salto, la gravedad, que es una fuerza física natural de nuestro planeta, nos lo impediría. Y si no tuviéramos ningún conocimiento previo de la existencia de dispositivos que son capaces de manejar la gravedad para lograr volar, asumiríamos de entrada que llegar volando de un lugar a otro es imposible.

Bajo el mismo ejemplo, supongamos que nuestro Planeta es la Consciencia Universal, nuestro deseo de volar de un punto a otro de este, sería el deseo de vivir la vida que queremos, y finalmente nuestro inconsciente, sería la fuerza de gravedad.

De modo que, si lo que aprendimos en nuestra vida como verdad, es tan limitado como que al ser humano le es físicamente imposible volar porque no está facultado para vencer la fuerza de gravedad, el resultado es resignarse a que por más que lo desee, nunca será capaz de lograrlo y, por tanto, no podrá ir jamás a ningún otro lugar en el planeta.

Del mismo modo, mientras no conozcamos las reglas bajo las cuales se rige nuestro *inconsciente*, o conocimiento instintivo (al ser la conexión directa con la Consciencia Universal) no seremos capaces de comprender por qué éste podría no siempre estar de acuerdo con nuestros deseos y decisiones conscientes. Y mientras no esté de acuerdo, nuestras acciones por lograr algún objetivo, no serán más que intentos de llegar a otro lugar, volando con no más que un gran salto.

Inconsciente. Al pensar en esta palabra, inmediatamente viene a nosotros el campo de estudio de la psicología, ya que es en este en donde fue abrazado el concepto como tal, para intentar definir el conjunto de procesos, o de datos de los cuales no tenemos "*consciencia*" o conocimiento consciente. Desde el punto de vista psicológico, suele definírsele como un conjunto de información, generalmente *inaccesible* para la mente consciente. Sin embargo, es mundialmente aceptado que no sólo tiene *influencia* en nuestras acciones, sino que es responsable de entre un 90 y un 95% de las decisiones que tomamos y las acciones que rigen nuestra vida.

Muy a pesar de este rol tan arrasadoramente decisivo que tiene el inconsciente en nuestras vidas, pareciera ser que resulta *aceptable* simplemente saber que nuestro inconsciente es un tipo de programa de computadora, con el propósito de almacenar absolutamente todas las vivencias experimentadas a lo largo de nuestra vida; Un almacén para toda aquella información que nuestra mente

consciente no considera útil y que, sin embargo, de una manera muy irónica, es responsable de casi la totalidad de la dirección de nuestra vida, ya que al serlo de nuestras decisiones, lo es también de las consecuencias que las mismas arrojen, ya sean favorables o no.

Sin embargo, si bien es cierto que la psicología ha sido durante toda su historia, la única rama de estudio que parece estar capacitada para ahondar sobre el tema, también es cierto que aún con esta autoridad, todavía no puede ofrecer todas las respuestas en cuanto a lo que el inconsciente se refiere; Sin embargo los intentos de llevar más a fondo este estudio en particular, no parecen haber proliferado demasiado en otras ciencias, al dar por sentado que es un tema propio de los estudiosos de los procesos mentales.

Pero, ¿Qué pasa si observamos al inconsciente con una lente que no sea la de la psicología? Desde una perspectiva física, química, cuántica o espiritual. Por supuesto que muchas de estas posibilidades implicarían alguno o más obstáculos para terminar denominando como "*imposible*" el estudio del inconsciente a través de otras disciplinas, pero la idea es que el simple hecho de poder contemplar una cosa que creíamos conocida, desde otros puntos de vista, nos podría dar respuestas más del tipo instintivas o intuitivas, como siempre sucede al rehusarnos a aceptar que lo que conocemos es la única respuesta posible.

Desde este punto de vista debe resultar necesario preguntarnos muchas de las cosas aceptadas en lo que respecta al inconsciente. Por ejemplo, el hecho de que sea aceptado que la información depositada en él proviene única y exclusivamente de las vivencias acumuladas en nuestra vida. Así como preguntarnos por qué esta parte de nosotros no siempre está en acuerdo con nuestros deseos conscientes, manipulando así acciones y decisiones que ni siquiera nos enteramos de que no son conscientemente nuestras, pero que sí determinan el rumbo de nuestra existencia en esta realidad.

De modo que, intentando conjuntar las *verdades* casi mundialmente aceptadas sobre el cómo funciona nuestra vida: Se supone que somos individuos conscientes con decisión y libre albedrío, pero nuestra existencia misma, los actos que definen la dirección de nuestro *destino*, están casi en su totalidad controlados por un *cúmulo de información* almacenada en un lugar al cual no tenemos acceso con el nivel de consciencia aceptado como normal... A simple vista, definitivamente algo anda mal con esa ecuación.

Es decir, si Dios, como un ser omnipotente nos creó con un libre albedrío para poder conscientemente tomar decisiones, vivir nuestra vida y después ser juzgados conforme a sus leyes, ¿Por qué solo nos permite decisión consciente de una ínfima parte real de nuestros actos?

Por otro lado, si el inconsciente es, supuestamente, un cúmulo de información acumulada por nosotros sólo en esta vida, ¿Por qué tiene un papel tan

arrasadoramente decisivo en lo que se refiere a la decisión de nuestros aciertos y errores?

Afortunadamente, estas preguntas, así como tantas otras que pudieran surgir, se eliminan inmediatamente si soltamos el punto de vista tanto psicológico como religioso, que contraponen las teorías sin una aparente solución lógica. Si aceptamos que ambos puntos de vista no son más que partes del mismo rompecabezas que vamos armando en busca de la *verdad*.

Dicho de otro modo: El inconsciente es entonces, un almacén de información; Sin embargo, no un repositorio inerte de esta. Por el contrario, el ser capaz no sólo de tomar decisiones, sino de tomarlas incluso, sin nuestro conocimiento consciente de ello, implica por lógica que es información o conocimiento consciente de sí mismo, con un protocolo de actuación, tan preciso e importante, que tiene capacidad de anular nuestra voluntad consciente. De modo que las siguientes preguntas obligadas son: ¿Qué protocolo de actuación regula al inconsciente? ¿Qué tipo de reglas obedece, lo suficientemente universales para darle prioridad a ellas en lugar de a nuestros deseos?

Todas estas preguntas pueden hallar respuesta fácilmente al comprender que el inconsciente como tal, tiene sobre nosotros una fuerza de control tan real, tan tangible y tan invisible como la fuerza de gravedad, por lo que, es importantísimo entender que así mismo obedece a ciertos parámetros inquebrantables y universales, lo que probaría que el inconsciente no es un cúmulo de información individual únicamente. Todo lo contrario, es un cúmulo de información que se encuentra conectado con la fuente de todo conocimiento consciente en sí mismo: La consciencia universal. Y por medio de ésta, actuando como si fuera una central de comunicaciones, se encuentra conectado también a cada terminal individual de cualquier individuo vivo que posea uno. Lo que explica también el por qué cada persona tiene un Inconsciente, y por qué cada conexión en su respectivo individuo obedece a exactamente las mismas leyes de control y decisión sobre cada uno de nosotros; Y por supuesto que, como todo, tiene un propósito.

El inconsciente es nuestro programa básico de funcionamiento, es donde se albergan y desde donde se ejecutan nuestros instintos, desde el de supervivencia, el de reproducción, el de equilibrio, el de conservación, el de bienestar, el de pertenencia, y otros tantos. Gracias a estos, se encarga desde el soporte vital más básico como el proceso de la respiración hasta la regulación de nuestros actos y decisiones para asegurarse que nuestra mente consciente o ego cumpla obedeciendo a reglas universales para la vida, incluso sin conocimiento o autorización de esta mente consciente; lo cual no quiere decir que no tenemos opción en materia de las elecciones de nuestro destino, ni que nuestra vida esté ya escrita sin posibilidad de cambiarla. Simplemente implica que, para gozar del verdadero libre albedrío, debemos actuar comprendiendo como mínimo que el Inconsciente vigilará cada paso en nuestra vida, desde

dentro, realizando los ajustes que sean necesarios para cumplir su propósito: Lograr que cada ser humano como individuo se haga consciente de su pertenencia a un sistema de dimensiones probablemente inimaginables; ya que solo así, comprenderá lo imprescindible que es el lograr un equilibrio de sí mismo para que su fracción del sistema al que pertenece sea saludable y funcional; el requisito indispensable para acceder al *nivel de programador* en cuanto a nuestra vida se refiere.

Subconsciente. Este es simplemente un estado de acercamiento entre nuestro Consciente y el Inconsciente, pudiendo realizarse en una muy amplia variedad de niveles y a través de distintos métodos. El estado Subconsciente es la herramienta más antigua usada en la búsqueda de la verdad absoluta, en busca de ese todo al que nos sentimos atados sin remedio o explicación. Ya que es justamente en ese estado de mayor o menor comunión con nuestra fuente, que nos damos cuenta de que no somos únicamente uno de muchos individuos de la misma especie, sino parte consciente de un sistema energético de conocimiento puro e infinito en donde todos somos fracción de una misma consciencia.

Una vez más debemos comprender que cualquiera de los métodos o prácticas adoptados a lo largo de la historia de la humanidad para acceder al estado Subconsciente; no importando lo diversos e incluso contrarios que pudieran parecer (Meditación, Hipnosis, Oración profunda, sustancias enteógenas, etc.), persiguen exactamente el mismo fin, obedeciendo exactamente el mismo proceso ordenado por el Inconsciente: de acercar nuestra Consciencia a la fuente de información que es el mismo Inconsciente, conectado a la consciencia universal.

Los intentos del Inconsciente de lograr este acercamiento, los encontramos en ejemplos tan sencillos como los mismos sueños. En donde el inconsciente nos envía mensajes simbólicos acerca de situaciones que en ocasiones pudieran parecer sin importancia, pero que, son sin duda mensajes específicos esperando a ser comprendidos por nuestra mente consciente. Pero no se detiene ahí. Como mencionamos anteriormente, existe un sinnúmero de alternativas para acceder al estado subconsciente, en mayor o menor cercanía a la fuente Inconsciente y, a la consciencia universal. De modo que no es casualidad que todo individuo persiga instintivamente este objetivo, ya sea a través de una profunda meditación o el consumo de alguna sustancia psicodélica.

Es notable que, independientemente de la raza, el género, la religión, la ideología, la nacionalidad, el ser humano parece estar atraído inevitablemente (una vez más haciendo alusión a lo inevitable de la fuerza de gravedad) a acercarse a un punto de comunión con el todo, como si se satisficiera una añoranza de importancia vital por descubrir esa verdad que en tantas formas diferentes se muestra como digno merecedor de fe.

Fe. En general, la primera reacción es asociar la fe con Dios. Cada individuo en su propia creencia. Estando la mayoría de ellos convencidos de que por su fe y/o

devoción, ese dios les otorgará sus dádivas, ya que se supone es el único con la jerarquía suficiente en el orden universal para modificar la realidad a su voluntad. Sin embargo, si cualquiera de los dioses conocidos fuera el creador de todo lo que existe y la obediencia de sus leyes únicas dieran por resultado las dádivas prometidas, ¿Por qué existe aún tanta divergencia entre los buscadores de la verdad? Si este fuera el caso, todos los milagros serían obra del dios de una misma religión en particular, y, aun así, milagros suceden en todo momento y achacados a distintas deidades.

Si bien esto ya debería de ir asentando por su propio peso la mayoría de las ideas con el mero uso de la lógica, podríamos agregar que no se trata del dios que inspire la fe por medio de una religión en específico, se trata más concretamente del individuo que la profesa, sin importar en nombre de quién.

Partiendo de este punto, es obligado entender que la fe es una fuerza tan innegable como tan inconcebible. Innegable porque cada milagro ocurrido ha sido producto de la fuerza de acción de la fe sobre la realidad; Inconcebible porque para poder comprender el modo de acción y capacidades de la fe, tendríamos que acercarnos al punto en donde la mayoría que ya crea saber la diferencia entre lo posible y lo imposible, tacharía este concepto como *fantasía* o *magia*.

Muy a pesar de esto, el buscar las herramientas propicias para desarrollar la fuerza de la fe, es otra de las acciones de autoría inconsciente, y como todas estas, tiene un propósito muy específico. Ya que la fe es la única fuerza comparable al concepto que pudiéramos tener de '*la voluntad de Dios*'. La fe es la energía capaz de moldear, incluso modificar la realidad más allá de lo que tenemos entendido como posible. De allí que los milagros sean brotes esporádicos en todas las religiones, ya que no obedecen a la voluntad de un dios en particular, sino a la fuerza de la fe que, en nombre de ese dios, fue capaz de manifestarse a la consciencia universal para hacer suceder lo más improbable en términos normales.

La fe es la diferencia entre los individuos que crean la realidad en la que viven y aquellos que aspiran a que les sea asignado un lugar en la realidad creada por alguien más; Y es precisamente por esto que, encontrar el verdadero estado de la fe no es tan simple como repetir rezos, cumplir penitencias o creer y seguir al pie de la letra las palabras de un libro sagrado. Se requiere del entendimiento consciente de nuestra existencia como fracción de un sistema mayor, para así comprender que, como tal, estamos atentos a ciertas leyes, así lo creamos o no, que se encuentran almacenadas en el inconsciente como parte de nuestro sistema de arranque como individuos; mismo sistema que, estará presente en cada momento de nuestra vida, pendiente de llevar a cabo las acciones necesarias para asegurarse de que nos acerquemos a esta fuente de todas las verdades: La consciencia universal. El porqué de esto es sencillo: Una vez que se ha entrado en contacto con la fuente de todo, con nuestro origen mismo, es

imposible no comprender la importancia de mantener un equilibrio, imposible no hacer todo lo que sea necesario para sintonizarnos a este sistema mayor, para ser una fracción funcional de este todo, como lo sería una célula saludable en cualquier órgano dentro de nuestro cuerpo. Del mismo modo, una vez sincronizada con esta frecuencia, la consciencia accede también al entendimiento del punto en donde convergen creencia y fe, y al conocimiento genuino de lo que esta es, y lo que con ella puede lograr.

En resumen, re – conocer los anteriores conceptos nos dará la apertura para poder comprender la forma en la que la interacción de estos da origen a la realidad que conocemos y a la posibilidad de lograr cualquier cosa dentro de ella, ya que resulta esencial comprender los fundamentos de nuestra propia existencia y composición; todos los elementos que nos conforman como individuos y todas las variables a considerar para poder conocer la verdad sobre quiénes somos.

Capítulo dos. - ¿QUIÉNES SOMOS? (De los privilegios de ser humano)

Tal vez la primera impresión sea que la pregunta ¿Quién soy yo? Es una de las más sencillas para responder. Sin embargo, esta impresión se deriva de la creencia de que la respuesta implica solamente un nombre, o en su defecto, datos generales por medio de los cuales nos identificamos en la sociedad, con los demás individuos que conforman la humanidad. Por lo que, en general el recitar, nombre, apellidos, edad, nacionalidad, estudios, ocupación, creencias y preferencias basta (de acuerdo a lo que se nos ha enseñado) para satisfacer la búsqueda de la definición de nosotros mismos.

Es decir que, si bien es cierto que los datos arriba citados, cumplen el trabajo en términos de una identificación social, también es cierto que el aspecto social es uno de los muchos que nos hacen exactamente lo que somos; Y que todos estos aspectos deben de ser considerados para comprender integralmente todo lo que implica nuestra existencia.

Para poder comprender toda la complejidad de esta, podríamos simplemente asumir que ser quienes somos es la consecuencia de un inimaginable número de hechos, que se sucedieron en un modo preciso que invariablemente terminaría en nuestro *yo actual*. Hechos, que bien pudieron haber sucedido en un infinito número de modos diferentes, terminando en cualquier otra cosa que no sea exactamente quienes somos.

Desde los átomos de los elementos que conforman nuestra forma física, nacidos en el majestuoso estallido luminoso y energético de una supernova; Los núcleos de nuestras células que llevan infinita información dentro de un código que ha sido depurado por una cantidad ingente de tiempo de evolución biológica y adaptación de nuestros antepasados; Hasta el pequeño universo que es nuestra mente, resultado de vivencias, sentimientos, acciones y reacciones, de aprendizaje y experiencias que forman una moral, una creencia, una historia: Vivida en una ciudad, de un país, de un continente, de un planeta, de un sistema solar, de una galaxia, de un cúmulo, de un supercúmulo de los tantos que forman el universo conocido.

De modo que, si habláramos de matemáticas, a estas alturas ya tendríamos un número ínfimo para darle respaldo a las posibilidades de que cada uno de nosotros sea exactamente como es. Por supuesto que no vamos a detenernos a aplicar las fórmulas y hacer las cuentas. No debería ser necesario ya que el simple hecho de imaginar que cualquier cosa hacia atrás en la línea de tiempo

alteraría nuestra existencia en una magnitud desconocida, parece suficiente para saber que somos una mente única dentro de un cuerpo nacido de las estrellas, forjada al calor del tiempo y moldeada con el mazo de las circunstancias... pero no sólo es eso.

Nuestra existencia es una conjunción de factores que se encuentran interconectados entre sí y con todo lo que existe, de alguna u otra forma; Esto ha sido estudiado a través de la lente de todas las diferentes disciplinas e ideologías que existen; en ocasiones, por medio de opiniones que se contraponen, lo que da pie a que no se llegue a un acuerdo unificado entre lo que es "*real*" o no (es decir, lo que consideramos "*posible*" o no), en materia de nuestra existencia, nuestras capacidades y nuestras vidas.

Sin embargo, no es complicado tomar lo que ya ha sido comprobado por todos estos distintos puntos de vista y unirlos en una gran imagen, dando a cada pieza el lugar que le corresponde para que nos sea comprensible:

A un nivel químico, estamos formados por átomos de varios elementos, los cuales tuvieron su origen en el proceso de fusión nuclear que implicó el ciclo de vida de alguna estrella. Estos átomos elementales fueron lanzados a través del universo gracias a la explosión masiva con la que culminó la vida de esta estrella, viajando por una cantidad incontable de tiempo antes de llegar a ser parte de la materia prima básica de nuestro ser.

Esto implica, que a nivel atómico nuestra existencia está directamente conectada a toda la materia y regulada en sí misma por un conjunto de leyes químicas, de las cuales en general sabemos muy poco.

Desde un punto de vista biológico, nuestro cuerpo está formado por un estimado de setenta y cinco billones de células; de unos doscientos tipos diferentes, siendo cada célula una unidad viva en sí misma, conformada por sistemas especializados que le permiten cumplir un propósito específico a cada tipo de célula en su tarea, formando órganos y entre estos, sistemas automáticos que se encargan de mantener el funcionamiento de nuestro cuerpo, siguiendo cada célula, específicas instrucciones provenientes de un increíble cúmulo de información y conocimiento codificados en su núcleo, en nuestro ADN.

Esto nos conecta directamente no sólo con nuestros antepasados y descendencia, sino con todas y cada una de las formas de vida que comparten gran cantidad de este código genético. Lo que implica que, a nivel celular, nuestra existencia está conectada y regulada también por leyes biológicas, de las cuales, normalmente sabemos también poco.

Desde un punto de vista espiritual, nuestro ser está formado por una esencia, alma, espíritu, o cualquiera que sea la palabra que se prefiera, que es parte de y/o pertenece y/o está conectado a una entidad superior de orden divino, aquello que nos infunde vida y que trasciende a un plano diferente después de abandonar el cuerpo físico.

Esto implica que a nivel espiritual estamos directamente conectados a aquello que concebimos como divino, así como a cada individuo con una esencia o alma, y regulados por ciertas leyes espirituales, de las cuales sorprendentemente sabemos, también, demasiado poco.

A nivel energético interactuamos con todo lo que está a nuestro alrededor. Nuestro cuerpo, nuestros sistemas, nuestras mismas células funcionan gracias a la energía; Y asimismo mientras vivimos, emanamos energía en muchas formas distintas; Como ejemplo, la que más lógica y tangible nos pudiera parecer es el calor que nuestro cuerpo irradia; sin embargo, este ejemplo es sólo energía térmica, y es importante recordar que la energía es medible en forma lumínica, cinética, electromagnética, etc.

Esto implica que, a nivel energético, nuestra existencia está conectada con todo lo que nos rodea, y regulada por leyes de energía de las cuales... ¡Sabemos poco!

Desde un punto de vista psicológico, nuestra consciencia, está formada por una mente consciente, que es quien interactúa en la realidad diaria en nuestra vida, y complementada por una mente inconsciente; que es repositorio de absolutamente toda la información acumulada a lo largo de nuestra existencia y de la que no hacemos uso consciente todo el tiempo, además de ser este lado inconsciente el que toma la mayoría de las decisiones, sin que a nivel consciente siquiera nos percatemos de ello.

Esto implica que a nivel consciencia, estamos conformados por una mente consciente y una inconsciente, que interactúan entre sí y por supuesto, con las demás consciencias a nuestro alrededor; interacción que, por simple lógica sabemos que está delineada por leyes de las cuales, para no ser la excepción, sabemos poco.

Ahora bien, desde un punto de vista social, nuestra vida está moldeada, de inicio, por el lugar donde nacimos y las costumbres y creencias que sean la generalidad en este lugar, desde el seno familiar hasta la comunidad a la que esta familia pertenece. Seguido de enseñanzas y expectativas que se nos asignan desde temprana edad. Encontrando en esta sociedad un rechazo o desaprobación general cuando mostramos discordancia con dichas costumbres, creencias, enseñanzas o expectativas.

Esto implica que, desde el punto de vista social, no sólo estamos conectados a los demás individuos, sino que nos regulan y moldean ciertas leyes y normas, de las cuales, sorprendentemente, sabemos siempre suficiente; es decir, que siempre tenemos presente si a la sociedad le parece o no correcto lo que pensamos, lo que sentimos, lo que decimos y lo que hacemos. Hecho que, dicho sea de paso, es la causa más posible del por qué conozcamos en general tan poco acerca de la integración de los elementos que conforman nuestro ser y de las múltiples formas en las que estamos conectados y, en consecuencia, regulados como seres humanos.

Sin embargo, resulta imprescindible el conocimiento de estos múltiples aspectos y el conocimiento de las leyes que los regulan para poder hacernos conscientes de la infinidad de posibilidades que esto implica para efectos de mejorar el modo de vivir nuestra vida, en toda la extensión de la palabra. Ya que, el considerar únicamente el aspecto social como seres humanos (en el que interactuamos a través de nuestra mente consciente), en lo que refiere a las expectativas que damos a nuestra existencia, no sólo inhibe la importancia de considerar los demás puntos de vista, sino que resta prioridad al cumplimiento de sus respectivas leyes, resultando esto en la insatisfacción general con nuestra realidad, por decir lo menos. Ya que, sabemos de sobra que el incumplir leyes deriva siempre en consecuencias, y esto nos lleva a la conclusión lógica de que cada aspecto que nos conforma, (no importando si es de nuestro interés conocerlo o no), acarrea consecuencias de distinta índole, desde ausencia de felicidad, problemas, enfermedades y todo lo posiblemente imaginable cuando infringimos sus leyes; Y de aquí precisamente la importancia de hacernos conscientes de que estas existen para lograr mediante su cumplimiento, un estado ideal de existencia para nosotros.

Es por esto que es importante hacernos conscientes de que somos más que un cuerpo y una mente solamente, somos más que sólo un individuo. Somos parte de la existencia en sí misma mediante nuestras conexiones, formamos parte de diversos sistemas, y en cada uno de ellos nuestra existencia cumple un propósito.

Nuestra vida, como todas (desde la forma más básica hasta la más compleja), es parte de un sistema; y al ser así debe permanecer en un balance entre lo que da y recibe, como cada parte de un todo, como cada célula perteneciente a un organismo.

Y de ahí mismo tenemos inmediatamente la conclusión de que es precisamente este balance la clave para descifrar tanto el deber como el derecho que implica nuestra vida.

Sin embargo, si preguntáramos a cada individuo el propósito de su vida, obtendríamos una variedad inimaginable de resultados, ya que incluso tomando en cuenta que todas las personas hubieran ya desarrollado una consciencia de que su existencia tiene un propósito, podría fácilmente confundirse este propósito con la visión particular de cada persona en sí misma, y las metas y objetivos personales que conscientemente asignamos como finalidad de nuestra labor diaria de vivir, conforme a lo que nos requiere la sociedad; y ciertamente no es esto a lo que nos referimos.

Hablemos del propósito esencial de nuestras vidas. Hablemos del propósito de esa esencia que llegó a habitar en nosotros mucho antes de que nuestra *mente* se desarrollara, mucho antes de que descubriéramos que palabras como *éxito* y *riqueza* existen, y mucho antes de que fuéramos instruidos en asuntos como: En qué es correcto creer, qué es bueno, qué es malo, qué es real y qué no lo es.

Mucho antes de que nuestro instinto esencial fuera callado y suprimido por nuestra mente consciente que cree conocer bien los límites de lo posible y lo imposible porque así se le ha enseñado, límites que hicimos reales no al aprenderlos, sino al creer en ellos.

Y no es que sea incorrecto pensar que nuestro objetivo y propósito en la vida es llegar a ser un exitoso empresario, por ejemplo, o un científico de renombre que aporte a la humanidad algo digno de reconocimiento. Cualquier ejemplo podría ser tan válido y tan digno como cualquier otro. Lo que sí es incorrecto es pensar que propósito y objetivo son la misma cosa, cuando no es así.

El objetivo podría ser, en efecto, ser un empresario exitoso. Es decir, todo aquello que cada uno desea ver logrado o cumplido a lo largo de su vida. El objetivo es creado y obedece a nuestra mente consciente, a nuestro yo resultado de las vivencias a lo largo de todo el tiempo de la vida desde que nacimos en este cuerpo, es decir nuestro *ego*. Y lograr ese objetivo podría ejemplificarse como parte de los *privilegios* de ser humano.

El propósito, por el contrario, es inherente a la esencia que nos da vida y está directamente conectada a la fuente de nuestra existencia, a la consciencia universal, funcionando en obediencia de sus leyes. Y no podría ser más sencillo y fácil de comprender si nos basamos en los ejemplos de absolutamente todas las formas de vida que nos rodean: Equilibrio.

Ahora bien, en los términos técnicos de la física, el equilibrio es definido como: *"Estado de inmovilidad de un cuerpo sometido a dos o más fuerzas de la misma intensidad que actúan en sentido opuesto, por lo que se contrarrestan o anulan."*; Sin embargo, es claro que no estamos hablando de fuerzas físicas en lo referente al propósito de la existencia, pero sí podemos tomar como un buen ejemplo la balanza de dos platillos: Sabiendo que podemos lograr el equilibrio de estos colocando exactamente la misma cantidad de peso en cada uno de ellos, si se nos pidiera equilibrarla, no tendríamos problema en notar si existe un desbalance, y a cuál platillo debemos agregar peso para lograr equilibrarlos.

Es exactamente igual de simple con nuestro propósito de vida: Mantener el equilibrio.

Bajo el mismo ejemplo, imaginemos que nuestra vida es una balanza de dos platillos. A un platillo, le correspondería el peso de lo que recibimos, lo cual, dicho sea de paso, puede ser otorgado, regalado, ganado o tomado, todo aquello que aporta al beneficio propio como mente consciente individual desde el todo al que pertenecemos.

Al otro platillo, le correspondería el peso de todo lo que damos, que también, dicho sea de paso, puede del mismo modo ser otorgado, regalado, compensado o quitado; es decir, todo aquello que nuestra mente consciente como individuo aporta, voluntaria o involuntariamente al todo al que pertenecemos.

De modo que, en términos sencillos, el propósito de nuestra vida es mantener esa balanza en equilibrio. Y es tan simple que, por supuesto que podría caber lugar a dudas, lo cual nos lleva inmediatamente a preguntarnos: ¿Por qué? ¿Para qué? Y sobre todo ¿Cómo podemos afirmar que esto es así?

Por fortuna, las pistas para encontrar las respuestas a estas preguntas son visibles si prestamos atención a la estructura básica de la vida en sí misma. Así que tomemos como ejemplos, formas de vida que concebimos como *más simples* comparadas con nosotros como humanos:

Las plantas se mantienen en equilibrio con lo que les rodea, tomando del ambiente dióxido de carbono y luz del sol, con los cuales se nutre para mantenerse viva, y a cambio proporciona oxígeno a la atmósfera.

Las abejas toman néctar de las flores para producir alimento y realizar su función particular dentro de su colonia, aportando a cambio el sistema de polinización del cual dependen tantas especies; como así también lo hacen otras tantas clases de insectos.

Los animales herbívoros subsisten gracias al alimento que toman de su hábitat y en determinado momento contribuyen a este mismo sistema siendo alimento, de alguna u otra manera.

Y cualquier clase de carnívoro, que mantiene en balance el número de herbívoros, para posteriormente, ser alimento de la tierra que alimenta a los primeros eslabones de la cadena.

De modo que, sin importar cuál sea el ejemplo de la especie viva que deseemos contemplar, encontraremos que todas y cada una de ellas coexisten en perfecto equilibrio, tanto interno (en donde cada individuo que conforma el grupo toma participación en el óptimo funcionamiento de este) como con todo lo que le rodea (en donde cada especie recibe y aporta algo al sistema al que pertenece). Y este comportamiento que tiende al equilibrio es algo, de lo que cada individuo de cada especie viva tiene *conocimiento instintivo*. Es decir que, desde las abejas o las hormigas como individuos entre millones de una colmena o colonia, poseen un conocimiento consciente instintivo que las guía en el propósito de su vida, manteniéndolas en constante comunicación, balance y sincronía con el resto de los individuos para lograr el bienestar, subsistencia y evolución de la especie.

Ahora bien, el ser humano, como especie viva no está exenta de poseer los mismos instintos, las mismas capacidades y regularse por las mismas leyes que las demás; Sin embargo, pareciera que a través de generaciones de auto coronarse como especie superior, gracias al simple hecho de tener capacidad de desarrollar una mente consciente y racional o *ego*; Y esta doctrina del *egoísmo* nos ha condicionado a asumir que no necesitamos más de esos instintos, que nos dictan desde dentro cómo vivir en equilibrio, cómo pertenecer y aportar al sistema del cual formamos parte. Es decir que la *evolución* de la especie humana ha derivado en un punto en el cual, la *normalidad* es suprimir ese conocimiento

consciente instintivo, y apegarnos a lo que el ego cree que son sus necesidades; Esto, claro está, con base en todo aquello que se nos ha enseñado desde temprana edad.

Sin embargo, es indispensable volver en búsqueda de este conocimiento consciente instintivo, dicho sea, resumido, buscar y comprender nuestros instintos, ya que son estos el conocimiento universal en donde está escrito el instructivo por medio del cual lograremos una vida plena y feliz; Siendo el instinto de equilibrio uno de los pilares más fuertes en la construcción de la vida que deseamos vivir.

El por qué es simple: Al mantener este equilibrio en nuestra vida, como equivalente al cumplimiento de nuestro propósito, logramos unificar y sincronizar también nuestra mente consciente (nuestro ego) y la inconsciente (este conocimiento instintivo, ligada a la consciencia universal); Y con esta unificación, adquirimos un punto de vista diferente, en donde somos capaces de comprender, de inicio, nuestra existencia en toda la extensión de la palabra, pero lo que es tal vez lo más importante, es que seremos capaces de comprender el modo en el que nuestra realidad ha sido creada a lo largo de nuestra vida y con esto, comprender también la capacidad de crear la realidad en la que deseamos vivir.

Una vez reencontrando y dando un uso práctico a este instinto de equilibrio, despierta de forma automática y se hace consciente el instinto de pertenencia. Ese que tal vez reconozcamos como la búsqueda incansable de Dios, de la divinidad, nuestra conexión con el universo, etc. Ya que este es precisamente el modo en el que nuestro instinto de pertenencia se manifiesta para hacernos entender que somos parte de algo mucho más grande y poderoso que nosotros como individuos; es decir, aquello que sea capaz de inspirarnos y conducirnos a despertar la capacidad creadora de la fe, logrando así la comprensión y entendimiento de su funcionamiento; cosa que pudiera parecer lo más sencillo, y por supuesto que muchos dirían "yo sé perfectamente cómo funciona la fe, yo tengo fe"; pero, ¿Realmente cuántas personas serían conscientes de lo que es la fe si no fuera en Dios, en un santo o en extraterrestres? ¿Cuántas personas no confunden la fe con un conjunto de creencias o con una imagen?

Quien es capaz de sentir lo que es la fe, sabe que es una fuerza, como la gravedad o la electromagnética; sabe que es poder, que es conocimiento y certeza, y que es uno de los elementos esenciales para poder modelar la realidad; Y no sólo esa realidad *propia* que podemos ver al cerrar los ojos, sino la realidad que nos rodea en el día a día; el poder de hacer que las cosas sucedan del modo que lo deseamos.

Porque eso, el poder cumplir el objetivo que cada uno persiga (como consciencia individual o ego), está ligado invariablemente a cumplir nuestro propósito como parte de la consciencia universal. Como al niño que ha terminado sus tareas se le premia con la posibilidad de ver su programa favorito.

Es precisamente por este poder tan grande que conlleva el uso correcto de la fe (el poder de moldear la realidad), que es concedido su entendimiento sólo a quienes aprendieron a vivir en equilibrio, haciéndose responsables del hecho de que este mismo sólo depende de nuestras acciones, en cada momento de nuestra existencia. Y es también esta, la explicación del por qué, aunque la mayoría de las personas a nivel mundial profesa alguna religión, los milagros sean tan escasos en comparación y en general obra de dioses diferentes; Porque sabemos de sobra que todas las doctrinas tienen sus milagros para contar.

Sin embargo, nos podemos atrever a decir que hablando de la generalidad, el ser humano como individuo se siente tan impotente y tan insignificante, tan desprotegido y sin propósito, que le resulta lo más fácil achacar el curso de su vida a un plan divino que fue escrito antes de su nacimiento tal vez, o bien a su destino, o a su suerte, horóscopo, maldición familiar, o bien, cualquier otro pretexto que le alivie de la ansiedad que le provoca entender que sólo él es responsable del rumbo de su vida y de lo que le suceda en el transcurso, de lograr o no sus objetivos y deseos, anhelos y sueños, de modo que prefiere dejar todo esto en decisión de algo o alguien más mientras cierra los ojos para (no enterarse durante el proceso) rezar.

Para bien o para mal, este sistema de creencias que la humanidad maneja parece haber devuelto un resultado *acceptable*, deducido del hecho de que se ha preservado por miles de años. Pareciera que a la gran mayoría le tiene tal vez contento, o tal vez simplemente satisfecho el hecho de creer que si profesamos fidelidad en un ser todo poderoso y arquitecto de nuestros destinos, que nos dicta obedecer ciertas reglas durante todas nuestras vidas, nuestra recompensa vendrá después de haber dejado este cuerpo, como así también nuestro castigo si no cumplieremos con lo que se nos dicta que es correcto en el nombre de este ser.

Sin embargo, sea cual fuere el nombre que cualquiera de estos seres omnipotentes tenga en cualquier lugar del mundo, no parece haber uno sólo de ellos que sea quien tenga la verdad máxima ni la fórmula precisa para demostrarlo; de modo que, siendo guiados por la lógica debemos entender que no se trata de la creencia, sino del individuo que la profesa.

Ahora bien, no estamos diciendo que no hay Dios. Si Dios existe o no existe dependerá de la realidad y decisión de cada persona. Pero comprendamos que no en vano todos tenemos una arquetípica creencia de que hay algo más allá después de la muerte, algo a lo que, dependiendo de nuestra vida, tal vez podamos regresar, lo cual, con justa razón todos los individuos creen, independientemente de su religión. Y es en este modo que entendemos que no todos podemos estar equivocados, ya que, en efecto, sabemos aún sin pruebas que existe algo dentro de nuestro ser, parte de nuestra esencia que se halla en conexión con algo más grande, con el todo en sí mismo. Sin embargo, nos

empeñamos en buscarlo fuera de nosotros, cuando en realidad se encuentra tanto dentro como alrededor nuestro.

Es por todas estas razones que resulta esencial el comprender que sí, tal vez el humano sea insignificante e impotente como individuo, pero al mismo tiempo cada uno es parte de, y está directamente conectado con ese todo, con esa omnipresencia, omnipotencia y omnisciencia.

De modo que, hasta aquí hemos tratado de acomodar la información presente para entender la composición del ser humano. Por lo que podría ser que la pregunta inicial (que es la realmente importante) ahora parezca mucho más compleja: ¿Quién soy yo?

Porque la capacidad de definir quienes somos va mucho más allá de poder recitar por costumbre un nombre brindado sin nuestro consentimiento y unos apellidos heredados de alguien más. La capacidad de definirnos conlleva ser conscientes y, además, comprender no sólo nuestra composición, sino lo que hemos formado con este conjunto de elementos que conforman nuestro ser, así también como nuestro propósito y nuestro objetivo en la vida. Información básica de la cual un porcentaje muy pequeño de la humanidad tiene consciencia, precisamente por el tipo de vida a la que hemos sido enseñados. La mayoría creemos que conocer nuestro nombre, nuestros antepasados y tal vez nuestra ideología, costumbres o temperamento es suficiente para "*conocernos*". Sin embargo, creer esto y tomarlo como la única verdad, implica negarnos la búsqueda y el conocimiento de lo más esencial para procurarnos la vida que deseamos, siendo esto no más que cumplir con nuestro propósito: Ser energía en equilibrio.

Capítulo tres. - ¿CÓMO FUNCIONAMOS? (Del milagro del recipiente)

Si hemos de hablar de milagros, es imposible no tomar especial atención en el más tangible de los muchos que rodean nuestro día a día: Hablemos de nuestro cuerpo.

Acerca de este tema también encontraremos infinidad de teorías previas que creen poder explicarlo todo. Desde un punto de vista biológico, médico, psicológico, religioso, físico, genético, paranormal y mil más, de nuevo todos parciales e incompletos al ser simplemente una pieza más del rompecabezas.

Cualquier persona en su día a día, sin recapacitar lo suficiente en ello, podría tener dificultades imaginando a su cuerpo como algo distinto a sí mismo. Asumiendo de antemano que yo soy mi cuerpo y viceversa y que esto no puede ser de otro modo.

Si bien las personas espirituales podrían ya tener cierto avance en cuestión de comprender que al morir, *el alma* abandona el cuerpo, es necesario ir bastante más allá de eso, hasta el punto de entender que nuestro cuerpo es un recipiente biológico diseñado con un nivel de ingeniería genética, que aún con todo el avance y la investigación propias a la fecha, ni siquiera nos acercamos a comprender en su totalidad; Como así también somos incapaces de comprender sus capacidades, en parte debido a que desgraciadamente, salvo que se estudie medicina, biología o algún similar, la mayoría de los individuos, ni siquiera se detiene a pensar en cómo funciona su cuerpo; para la generalidad, con que haga lo que debe de hacer, que es mantenernos en este mundo sin presentar alguna falla, es más que suficiente.

Gracias a que la mayoría de los procesos necesarios para mantenernos con vida son automáticos, no tendremos '*necesidad*' de saber más acerca de lo que se refiera a nuestro vehículo de transporte por el planeta, salvo claro, que presente algún '*mal funcionamiento*', en cuyo caso, acudiremos al médico a la brevedad para que identifique lo que anda mal.

Si bien el párrafo anterior puede ser aceptado como verdadero, e incluso obvio para la mayoría, al aceptarlo como verdad nos encontramos de nuevo con huecos o fallas en la lógica de esto. De inicio, es mundialmente aceptado que los procesos vitales más básicos de nuestro cuerpo están bajo el completo control del Inconsciente, tal como la respiración (proceso que se resume en que el diafragma debe contraerse y empujar hacia abajo al tiempo que los músculos entre las costillas se contraen para subir y aumentar el tamaño de la caja

torácica, lo que provoca que la presión interna baje y el aire afuera se precipite hacia los pulmones, en donde se realiza el vital intercambio entre oxígeno y dióxido de carbono, mismo que será exhalado con el mismo proceso de músculos y diafragma en sentido inverso). De modo que ninguno de nosotros requiere agendar para no olvidarse de respirar o alimentarse (sabemos las obvias excepciones, sólo hablamos de generalidad), porque nuestro cuerpo nos avisa por medio del hambre; nadie debe ocuparse de recordar deshacerse de los desechos de su cuerpo, ya que simplemente sentirá ganas hacer una visita al tocador. No podemos simplemente '*olvidarnos*' de dormir, ya que eventualmente el requerimiento de preservar el funcionamiento de nuestro recipiente, nos obligará a dormir, así lo deseemos o no, traducéndose a que tiene el Inconsciente en su poder el '*apagar*' nuestra consciencia si lo considera necesario.

De modo que, el aceptar que los procesos más complejos e importantes a nivel funcionamiento de nuestro cuerpo están bajo dominio, custodia y ejecución del Inconsciente, para no fallar a la lógica, lo necesario sería también aceptar que así mismo lo está la integridad y salud de nuestro cuerpo.

En términos generales, el cuerpo humano está dotado de la posibilidad de curación y regeneración.

Para ejemplo de la primera, podríamos tomar lo más sencillo como una bacteria causando alguna enfermedad. Poseemos un sistema inmunológico autónomo, que es capaz de deshacerse de cualquier amenaza, gracias a funciones tanto preventivas, como correctivas; y lo hace diariamente sin que tengamos la más remota idea.

Para ejemplo de lo segundo: Tan simple y sencillo que, si se rompe un hueso, basta con devolverlo de forma adecuada a su lugar y dejar que el proceso automático de regeneración haga lo suyo. Nadie requiere tomar algún medicamento para que el cuerpo genere nuevas células óseas que rellenarán el espacio que la fractura provocó. Por lo que, es irremediable asumir que el Inconsciente es responsable de todo, absolutamente todo lo que sucede en nuestro cuerpo sin nuestra consciencia o autorización, incluyendo casos tan extremos como el desarrollo de alguna enfermedad crónica o potencialmente mortal, sin importar cuánto se pueda intentar refutar esto.

Para darnos un panorama más específico, desde un punto de vista objetivo y lógico, podríamos tomar el ejemplo de la sombra de la salud a nivel mundial: El cáncer. Que es globalmente reconocido como una de las enfermedades causantes de más muertes cada año, y que, a pesar de las muchas investigaciones o estudios al respecto, continúa sumido en un misterio en tanto a lo que sus causas se refieren. O lo que es lo mismo, es aceptado que el cáncer puede tener su origen justificado en opciones como: Una predisposición hereditaria, en combinación con uno o varios agentes externos, que pueden ser

físicos, químicos o biológicos. Lo cual, de ser completamente cierto, implicaría que técnicamente cualquier agente podría ser detonante para desarrollar cáncer.

Sin embargo, y obedeciendo a no más que a la lógica pura, al sentido común, ¿Qué es más probable? ¿Que haya una infinita cantidad de causas para el cáncer, o bien, que la causa del cáncer sea una sola que puede manifestarse en infinidad de formas diferentes?

Tomando en cuenta lo mencionado hasta ahora, por medio de no más que el mismo sentido común, podríamos sin problema aceptar la segunda opción como la más probable. Ya que el cáncer es en sí (antes de clasificarle por categorías o zonas) un mal funcionamiento de un grupo de células, que crecen en desarmonía provocando padecimientos y síntomas diversos. Ahora bien, con base en esto y en el antecedente de haber comprendido que todos los procesos no conscientes de nuestro cuerpo están bajo la voluntad de un Inconsciente pensante y con protocolo de actuación, podríamos fácilmente comprender que es él el responsable de los procesos de reproducción y crecimiento celular, mismos que, funcionaron de manera perfecta a lo largo de toda la vida, y que por supuesto, debe implicar un cambio en la forma del Inconsciente de hacer funcionar nuestro cuerpo, obligado por las reglas inquebrantables de la consciencia universal a la que está conectada.

No obstante, el cáncer no podría ser el único ejemplo de esto. Todas y cada una de nuestras enfermedades son, o bien causadas, o bien permitidas por nuestro inconsciente, como una de las múltiples herramientas de las cuales dispone para encargarse de construir o modificar nuestra realidad y así moldearnos el camino de vuelta a nuestro propósito.

A partir de esto, por supuesto que la siguiente pregunta obligada por la obviedad, será: Entonces, ¿qué hay con las enfermedades congénitas? ¿O con los niños que desde pequeños padecen alguna enfermedad? Y por supuesto que existe una respuesta igual de lógica; pero para comprenderla, debemos comprender primero que, si el inconsciente está a cargo de todos y cada uno de los procesos '*automáticos*' del cuerpo, así también lo está del proceso de gestación.

Ante esta idea lo primero que es obligado es el reconocimiento a la labor del inconsciente nuevamente. Ya que es este mismo, el encargado de hacer una lectura genética de la nueva célula, producto de la fecundación (autorizada por él mismo), para poner en marcha todos los sistemas del cuerpo de la madre y crear un nuevo individuo a partir de la correcta reproducción de las células ya existentes y siguiendo los planos dentro del código genético previamente descifrado. De modo que, en la mayoría de los casos, tenemos como resultado, la perfecta creación de un nuevo ser vivo, entendiendo esto como un nuevo perfecto recipiente biológico que al nacer ya alberga el inconsciente conectado al todo y su paquete básico de leyes que, se irán nutriendo en los primeros años

de su vida con las experiencias que lo llevarán eventualmente a definirse conscientemente como individuo.

Sin embargo, es lógico que quien está a cargo durante el proceso de la gestación de un nuevo ser es el inconsciente de la madre que está gestando. De modo que, pese a ser una idea que seguramente hará una mella fuerte en ciertas circunstancias, las enfermedades de nacimiento, así como las enfermedades infantiles (por lo menos hasta la edad en la que el aún niño pueda identificarse consciente y racionalmente como individuo), sea cual fuere el caso, son responsabilidad del inconsciente materno. El por qué resulta tan variado como el número de casos, ya que esto inevitablemente se ve influenciado en general con la historia, antecedentes y contexto de la vida de la madre como individuo consciente.

No obstante, debemos dejar claro que de ninguna manera sugerimos que se trate de un *'deseo reprimido en el inconsciente de la madre de causar mal a su bebé'*, eso es demasiado psicológico y, por lo tanto, muy parcial. No es tan retorcido como eso. El inconsciente es atemporal, no distingue pasado, presente o futuro; y no conceptualiza bien o mal, no comparte ni se ve influenciado por la moral del yo Consciente, de modo que no puede ser *'perverso'* ni *'bondadoso'*.

El inconsciente obedece a la ley del equilibrio, y sus acciones para moldear nuestra vida obedecen a la misma ley. Equilibrar nuestra participación en el todo y hacernos conscientes de ella. De modo que cuanto dé o cuanto quite nuestro inconsciente a nuestra realidad consciente, no obedece a deseo alguno, sino a la finalidad primordial de equilibrar la balanza de dos platos.

De este modo, tanto en la gestación como en los primeros años posteriores al nacimiento del bebé, es el inconsciente de la madre quien define el curso de las acciones, incluso de las acciones Inconscientes, las cuales el pequeño individuo no tiene modo de entender. Así el inconsciente materno, valiéndose de la conexión tan directa y cercana que existe con el inconsciente del bebé, proporcionará a la madre situaciones que puedan ser comprendidas por su mente consciente, y esto incluye todos los posibles padecimientos infantiles que pudieran presentarse hasta el momento en el que el pequeño desarrolle su yo consciente completamente, momento en el cual, su inconsciente comenzará a encargarse del equilibrio de la recién formada consciencia individual del niño, iniciando en ocasiones, desde un punto de desbalance crítico gracias al periodo de tiempo en el cual inconsciente de madre e hijo cumplen a un mismo propósito.

De manera que, indistintamente del tipo de padecimiento del que se trate, la única vía para un tratamiento exitoso será en un inicio, con una introspección que tenga por finalidad el acercamiento voluntario con el inconsciente, prestando atención al mensaje que el padecimiento mismo representa y cuya finalidad es ser un punto de inflexión para el reconocimiento de dicha falta de balance. Y por supuesto que aquí podemos fácilmente identificar que la *'gravedad'* del

padecimiento es directamente proporcional a la '*gravedad*' del desbalance que nuestro inconsciente pretende hacernos corregir.

Del mismo modo, puede comprenderse fácilmente la respuesta a los ¿Por qué? Más frecuentes en el campo de la medicina: ¿Por qué el mismo tratamiento resulta efectivo para ciertos pacientes, pero ineficaz para otros tratando la misma enfermedad? Y por supuesto que se ha intentado dar respuesta a esta gran incógnita mediante un decente: '*Cada cuerpo es diferente*', sin embargo, esta, como muchas otras, es sólo una respuesta surgida con base en la imposibilidad de encontrar una verdadera y unificada explicación al respecto. O mejor sea dicho, la imposibilidad de aceptarla, porque pareciera parte de una historia de ciencia ficción.

Como siempre, la verdad es más simple que todos los intentos de encontrar un camino rebuscado y parcial. Nuestro cuerpo es un maravilloso envase biológico, que podría bien ser llamado un milagro en sí mismo. Capaz de adaptarse a las condiciones de su medio, capaz de combatir amenazas externas, capaz de recuperarse, sanarse, regenerarse; a través de una variedad de sistemas independientes e inmensurablemente complejos, que trabajan en un perfecto estado de armonía para realizar todas las acciones conocidas hasta ahora y muchísimas más que apenas podemos llegar a imaginar. Y, asimismo, posee también lo que bien podríamos llamar '*capacidad de auto destrucción*'.

Sin embargo, todos estos procesos milagrosos pasan totalmente inadvertidos para nuestra mente consciente; en parte, debido a que, por mero paradigma aprendemos desde muy temprana edad que todo aquello es automático y no hay necesidad alguna de prestar mayor atención, y en parte porque esto es reforzado por el hecho de que quien representa este '*piloto automático*' de nuestro cuerpo, es nuestro inconsciente. De modo que, al ni siquiera enterarnos de la injerencia que tienen nuestras acciones y decisiones a lo largo de nuestra vida traducidos en el funcionamiento de nuestro cuerpo, atribuimos todos y cada una de los posibles malfuncionamientos a una serie infinita de razones; en casos remotos a enfermedades rarísimas, o en un extremo dado, una nueva enfermedad de la cual no se tenía registro anteriormente.

Ahora bien, existen temas obvios que deben ser aclarados, sobre todo para los escépticos a todo. Por supuesto que somos conscientes de que existen bacterias y virus compartiendo el mundo; mismos que pueden ser causantes de síntomas de lo que denominamos '*una enfermedad*'. Sin embargo, sería conveniente en este punto, detenernos a desglosar el concepto que de éstas tenemos.

En alguna ocasión habremos dicho o escuchado a alguien decir: '*Estoy enfermo de la garganta*'. Lo cual, finalmente, es una pésima concepción de nuestro propio funcionamiento. Al decir que estamos enfermos de la garganta, se entendería que nuestra garganta está enferma o que tiene algo mal con ella, hecho que nos empuja a asumir conscientemente que necesitamos una '*compostura*' y en ese caso, lo más obvio de acuerdo a lo aprendido, es acudir corriendo con el

médico más cercano a que prescriba medicamento adecuado a la sintomatología, para poder así iniciar *'el tratamiento'* y *'empezar a curarnos'*. Dicho de este modo, y para fines prácticos del pensamiento y conocimiento generales en la mayoría, esta línea de pensamiento sería lo más normal del mundo; sin embargo, no puede estar más equivocado desde su concepción.

Cuando pensamos: *'Estoy enfermo de la garganta'*, basados en una sintomatología que nos hace llegar a esa conclusión (por ejemplo: fiebre, inflamación, dolor o ardor en la zona, dolor general del cuerpo, cansancio, etc.), lo hacemos sin la mínima reconsideración, de modo que tampoco somos capaces de entender que esa misma sintomatología, no es causada por una enfermedad, sino por un proceso de cura que inició antes de que nosotros fuéramos conscientes del primer síntoma.

Este proceso de cura, que implica para su fin la diversa cantidad de síntomas descritos anteriormente, es ejecutado sin falla alguna por el inconsciente, del mismo modo automático que un programa anti virus en una computadora. Sin embargo, no fuimos enseñados para entenderlo de esa manera, por lo que confundimos un proceso natural con una enfermedad, siendo en la mayoría de los casos, la normalidad el tomar todo un coctel de medicamentos que, en muchísimas ocasiones, intentan combatir los síntomas, que no son otra cosa más que el mismo proceso de curación ejecutándose.

De este modo, no sólo frenamos el proceso natural de nuestro cuerpo para combatir estas amenazas externas, sino que también, gracias a la gran capacidad de adaptación que nuestro cuerpo tiene a su entorno, dentro de un marco en el que constantemente nuestro sistema está recibiendo medicamentos para absolutamente todo (en algunos casos), se adapta también a esta situación, inhibiendo paulatinamente los procesos naturales y automáticos de auto reparación.

Caso contrario, por supuesto que también pueden tomarse acciones para fortalecer y hacer más efectivos estos mecanismos de defensa en nuestro cuerpo; Sin embargo, estas dichas acciones no son más que lo que debería parecernos natural y se reducen a dos: Alimentarnos con una cantidad y variedad adecuada de los nutrientes que nos son esenciales para mantener nuestro sistema en perfecto funcionamiento; Y mantener un equilibrio dentro de nuestras vidas que pueda propiciarle al inconsciente, una plena libertad para actuar en defensa de la preservación de nuestro estado natural de salud. De modo que todos los ejemplos que se nos puedan ocurrir sobre padecimientos por agentes externos, entran en este primer contexto.

Dicho esto, lo siguiente en obligación es comprender que, si bien nuestro cuerpo está dotado de la capacidad de combatir cualquier agente externo, incluso siendo capaz de crear un historial de amenazas combatidas para incrementar la efectividad de sus defensas en caso de un posible reencuentro futuro, esta

capacidad no nos libra del 'otro' gran grupo de padecimientos que, para fines prácticos, llamaremos simplemente padecimientos de origen interno.

Dentro de este segundo grupo podemos encontrar todos y cada uno de los padecimientos que, podrían o no tener alguna causa-apoyo externa, pero que en general no son causadas por la interacción de algún patógeno, bacteria o virus con nuestro sistema. De modo que podemos abarcar aquí todo tipo de enfermedades, como las autoinmunes, las idiopáticas, las degenerativas, las congénitas, las endócrinas, las genéticas, las metabólicas y un largo etcétera; cuyo rasgo en común es su origen interno. Refiriéndonos con esto a que son causadas, desencadenadas o permitidas por el inconsciente como una herramienta para mostrarnos el nivel de desbalance en el que se encuentra nuestra vida con respecto de su propósito, y en el mejor de los casos, para orillarnos a corregirlo. Ya que, en medida de que aprendamos a ser capaces de entender el lenguaje de nuestro inconsciente, haremos posible la recepción de los mensajes que nos envía. De modo que, si comenzamos a buscar las respuestas hacia adentro, en lugar de en el exterior, no sólo seremos capaces de mantener una vida sana, sino de entender que nuestro cuerpo es una extensión de nuestra esencia y el mayor indicador del estado de equilibrio de la misma. Por lo que para saber identificar nuestro estado de equilibrio no hacen falta más que unas cuantas preguntas a nosotros mismos: ¿Padezco alguna enfermedad crónica? ¿Me encuentro enfermo constantemente en padecimientos agudos? ¿Sufro de dolores recurrentemente? Incluso, ¿Sufro de accidentes de modo frecuente?

Si la respuesta a cualquiera de estas fuese afirmativa, lo más probable es que ya tengamos antecedentes de los cuidados e indicaciones médicas al respecto. Sin embargo, mientras no escuchemos el mensaje que nuestro inconsciente está expresando a través de la sintomatología de nuestro cuerpo, las 'enfermedades' si bien puedan parecer curadas, volverán en la misma o diferente presentación; Ya que hasta que el mensaje sea entendido por nosotros de modo consciente, no tomaremos las acciones necesarias para corregir el desbalance que afecta a nuestra salud. Entendiendo como un estado saludable no sólo un cuerpo libre de enfermedades, sino también un cuerpo eficiente en sus procesos, adaptable a cualquier condición y capaz de mejorarse continuamente, es decir, ¿Por qué no? Hermoso.

En resumen, nuestro milagroso envase biológico podría bien ser considerado el primer indicador de equilibrio de nuestra consciencia bajo las reglas del todo al que pertenecemos, ya que cumpliendo este equilibrio, lo primero que se nos otorga es el entendimiento de que nuestro cuerpo nos pertenece y, al no haber motivo por el cual el inconsciente anule nuestra voluntad, podemos ser capaces de lograr cosas tan inimaginables como el poder moldear nuestro cuerpo a voluntad; lo que dicho sea de paso, mencionamos como inimaginable porque para cualquiera podría parecer una locura; Sin embargo, si lo pensamos más detenidamente, esta locura es la misma que realiza nuestro Inconsciente día a

día. La única diferencia es que, al mantenernos en balance con este último, no presenta objeción en permitirnos realizarlo de modo consciente, haciendo posible el acceso a la primera capa de programación de la realidad: Nosotros mismos.

SECCIÓN II – COMPRENDER QUE DESEAMOS

Capítulo cuatro. – ¿A QUÉ PERTENECEMOS? (Del equilibrio con nuestro sistema.)

Hemos hablado del propósito inherente al inconsciente de cada uno de nosotros; el propósito de mantenernos en equilibrio con nuestro sistema. De modo que resulta imprescindible ahondar en lo que en verdad significa este equilibrio.

Tomemos en cuenta que, del mismo modo en el que todos los seres vivos en nuestro planeta están conectados de algún modo y cumplen, como un conjunto unificado de individuos a un cierto y específico propósito, nuestra especie opera bajo los mismos parámetros. No hay ninguna razón para que seamos la única excepción de esa regla universal que rige todos los sistemas en un mismo patrón repetitivo, sistemas formando fractales desde un nivel atómico hasta universal.

Es de entenderse entonces, que ningún especial privilegio nos exime de estas reglas, que existen grabadas en nuestro inconsciente, manifestándose a través de nuestros instintos, del mismo modo que están entretejidas en todo lo que existe. Reglas fundamentales que existen con el propósito de mantener en balance la existencia.

Sin embargo, sí somos la única especie que hasta ahora parece demostrar la posibilidad de desafiar estas reglas imponiendo nuestra voluntad consciente; Actuamos en general, movidos por ese ego, que pareciera ser suficiente para llevarnos a ignorar que pertenecemos y obedecemos a algo más grande que nuestro propio ser individual. Sin embargo, es aquí justamente en donde comprendemos mejor el papel del inconsciente, siendo este el control automático primario que, al estar directamente conectado a la consciencia universal, obedece y vigila el cumplimiento de esa ley primaria de equilibrio por sobre todas las cosas, incluyendo nuestra voluntad consciente.

Es por esta misma razón que en ocasiones pareciéramos no tener control sobre ciertos factores o circunstancias específicos en nuestra vida, o incluso sobre la vida misma; ya que, mientras exista un desbalance en nuestras acciones con respecto de nuestro propósito de equilibrio inconsciente, el mismo inconsciente se encargará de crear la realidad necesaria para sabotear nuestras decisiones y objetivos conscientes, hasta que seamos capaces de prestar atención a lo que estas situaciones fallidas significan, y acercarnos a nuestro inconsciente para entender su mensaje.

Cabe mencionar que este mensaje está fraccionado en muchas partes y esparcido en todo lo que existe: Nuestra existencia como individuos es sólo un nivel en un sistema fractal, repitiéndose a sí mismo tanto dentro como fuera de nosotros. Dentro de nosotros, que tenemos un cuerpo que se mantiene funcional y saludable gracias a cada uno de nuestros sistemas: respiratorio, circulatorio, nervioso; que están cada uno a su vez compuestos por diferentes órganos que deben también ser saludables, lo que depende que los diferentes tipos de células que los conforman se mantengan saludables, lo que se traduce en que cada una de ellas cumple en su ciclo de vida con una labor sin perder el equilibrio con los demás individuos célula que conforman el sistema al que pertenece. Hablando hasta este punto no más que de procesos biológicos automáticos.

Por otro lado, tenemos los procesos mentales que nos hacen la persona consciente que somos, lo cual en general dependerá, por supuesto, de nuestra crianza, creencias, educación, nacionalidad, experiencias, recuerdos, vivencias, y un largo etcétera que nos hayan definido como "*quienes somos*" en la actualidad, lo cual nos hace únicos, al igual que a todos y cada uno de los individuos de la humanidad. Del mismo modo que en cualquier otra especie animal en este planeta, de cuyos ecosistemas formamos parte y que a su vez forma parte de un sistema planetario, que pertenece a un sistema estelar que conocemos como galaxia, y que a su misma vez es parte de un sistema más grande...

Pudiéramos seguir tantas veces nos plazca hacia cualquiera de los dos opuestos de la escala y seguiríamos encontrando sistemas que, para existir, requieren de un balance; y en todos y en cada uno de los casos de la escala, este balance está custodiado por leyes universales precisas, ya sean de orden físico, químico o energético. De modo que dicho esto, la pregunta obligada sería: ¿Qué nos hace pensar que somos la excepción? Si nuestra mismísima existencia es posible gracias a procesos tanto físicos, como químicos como energéticos, es cuestión de lógica asumir que existen leyes específicas aplicando a nosotros como parte de un sistema, tan tangibles como la fuerza física que obedece a la ley de gravedad nos mantiene sobre este planeta. Así de real, aunque no precisamente igual de tangible es la ley de equilibrio que nos exige la consciencia universal a través de nuestro inconsciente; Y el hecho de que no sea tangible para nosotros en un modo tan obvio como lo es la gravedad es simplemente porque nuestras enseñanzas y creencias nos limitan a percibir y aceptar únicamente lo que nos han enseñado que es real, y a creer únicamente en lo que es aceptado por una mayoría como tal.

Al atrevernos a entender que hay una estructura de gran perfección en su diseño, una máquina cuyo funcionamiento da origen a absolutamente todo lo que conocemos que existe (y lo que no conocemos también), y que como tal, demanda ciertos requerimientos para mantener su funcionamiento en óptimas condiciones; pero sobre todo, al entender que formamos parte de esa inmensa complejidad de sistemas entrelazados constituyendo la existencia del todo en sí

misma, comprenderemos la dualidad entre la importancia y la irrelevancia que nuestra existencia como individuos tiene como parte consciente del todo.

Nuestra existencia está químicamente ligada a el universo, a las supernovas que en su estallido dieron origen a los átomos de los elementos que conforman desde nuestro cuerpo hasta la sangre que dentro de él fluye; físicamente nos conectamos con nuestro entorno, con nuestro hábitat de cuyo ciclo vital somos parte; Y de modo energético somos parte de la inmensidad de energía consciente de sí misma expresada de forma individual en cada uno de los seres vivos con una consciencia.

De ahí el por qué es tan esencial mantener un equilibrio, tanto propio, como con lo que nos rodea, ya que esa es la regla a la que estamos atentos como receptores de ese conocimiento consciente.

Una vez entendido esto, el buscar de modo consciente ese equilibrio, se transforma en una prioridad instintiva, que puede resultar en un proceso de cambio que fluye de manera natural, o en un proceso turbulento en el cual los conocimientos arraigados de toda una vida luchan constantemente en contra del nuevo instinto de búsqueda del balance. El factor que generalmente define si es una u otra, no es otro más que la negación, o bien el rechazo a aceptar este instinto de equilibrio como una posibilidad. Es decir, un ego tan arrogante que desecha esta necesidad de su inconsciente, tachándolo como una fantasía, por ser algo que difiere lo que se le ha enseñado como posible.

Ya sea un caso, o el otro, la reconexión con nuestro equilibrio siempre sigue un mismo camino, siendo este un proceso en capas, siempre desde dentro hacia afuera. Es decir, lograr el equilibrio debe empezar por nuestro propio ser individual, ya que este representa los cimientos fuertes que requiere una estructura balanceada de existencia. Y el buscar ese equilibrio propio comienza entablando un diálogo con esa otra parte que nos constituye, con nuestro yo inconsciente; que en un principio consistirá en saber escuchar, ya que su lenguaje está impreso en todo lo que conforma nuestra realidad: Nuestro estado anímico, nuestros aciertos, nuestros lamentos.

Si miramos todo el conjunto, la historia de nuestra vida y su actual realidad como un observador externo, guiados por nuestro inconsciente, podremos ser capaces de distinguir esos puntos de inflexión causados por nuestras acciones conscientes, en donde se hizo presente el primer indicio de un desbalance significativo, y qué vivencias agravaron ese desequilibrio en orden progresivo hasta llegar a nuestra realidad actual; para entonces poder así, tomar las acciones conscientes necesarias para corregir esa secuencia de hechos hasta colocarnos de nuevo en un estado de equilibrio.

Cabe mencionar que, desde un estado de desbalance y pensando de una forma individualista, podría sonar como una tarea imposible el encontrar los precisos momentos en los que faltamos a nuestro propósito inconsciente: ¡Haría falta una

vida de psicoanálisis para poder hallar esos hechos que asemejarían agujas en un pajar! Y claro está que este pensamiento podría resultar correcto en las condiciones que ya mencionamos. Sin embargo, al acercarnos al lenguaje del inconsciente, con intención de aprender las lecciones que nos requiera, esta es una tarea que resulta de lo más sencillo. Tan sencillo como tener una voz interna que nos guiará con éxito si decidimos prestarle atención.

De modo que, al prestarnos conscientemente a trabajar en nuestro balance, el inconsciente da por entendido que la lección fue aprendida; que nuestro propósito ha sido aceptado por nosotros de modo consciente como parte de nuestro objetivo de vida y, por tanto, al estar en sincronía en su propósito consciente e inconsciente, al último le es posible concedernos control real de nuestras acciones y decisiones, y con ello, la capacidad de la creación de nuestra realidad.

Uno de los primeros síntomas de encontrarnos en sincronía con nuestro inconsciente, será una creciente presencia de felicidad. En un principio, destellando sólo en momentos, para después, conforme el equilibrio logra una estabilidad, convertirse en una sensación de plenitud, paz y satisfacción interna que, de inicio, nos permite valorar desde la propia existencia, hasta todo lo que para ella tiene un papel importante; Ya que es este estado de equilibrio (y por tanto de felicidad) la pieza inicial de una larga cadena que forma en sí misma el estado ideal de cada uno de nosotros como humanos, en una forma tanto individual, como de engrane que forma parte del gran sistema.

Este estado y ninguna otra cosa, constituye en sí misma el requerimiento primordial para todo lo que sea nuestro objetivo en la vida. Es lo que nos permite tener un discernimiento consciente acerca de lo que es conveniente para nuestro crecimiento como individuo; Lo que nos da la capacidad de deshacernos del miedo para asumir la responsabilidad de nuestras decisiones y sus consecuencias. Lo que nos permite entender que para todo existe un por qué, y con esto, dar explicación a situaciones de nuestra vida que no somos capaces de entender desde el punto de vista del desbalance, o del *ego*. Es entender que todo lo que existe a nuestro alrededor es la proyección de una realidad que nosotros mismos forjamos de un modo inconsciente para aprender las lecciones necesarias, y que esta misma capacidad de crear la realidad que proyectamos puede ser consciente y a voluntad, mientras sigamos las reglas del equilibrio.

Al mantenernos en sintonía con nuestro inconsciente, el segundo y notable cambio es la mejoría de la salud, llegando eventualmente a un estado ideal físico y de salud permanente (En el entendido, por supuesto, de que existen excepciones como aquellos casos en los que el desbalance inconsciente sea tan notable, que se ha manifestado a través de una enfermedad aguda o crónica. Ya que esto requiere una mayor profundización sobre los puntos de inflexión y el intento de hallar la razón de un desbalance tan significativo como para llegar a esos extremos). De modo que paulatinamente, este nuevo estado de equilibrio

se manifiesta de modo visible en un estado íntegro, tanto físico como mental y espiritual de cada uno como individuo.

Así mismo, cuando hemos llegado a este nivel, automáticamente se desencadena en cascada la necesidad de llevar ese balance hacia fuera de nosotros, de extenderlo. Ya que, al formar parte de otros sistemas, y siendo conscientes de la importancia de un equilibrio en estos mismos, este estado de bienestar, hablando de éste energéticamente, tiende a propagarse, ya que la energía consciente siempre tendrá tendencia a un estado de armonía y equilibrio.

El siguiente sistema del cual formamos parte, dependerá del contexto actual de la vida de cada uno como individuo; Pero si hemos de hablar de generalidades, el siguiente círculo exterior que conforme nuestra realidad y los individuos que lo conformen, será también el sistema inmediato que constituimos. Es decir, para los niños pequeños, por ejemplo, el sistema inmediato al que pertenecen, es el de sus padres; en términos generales de una persona adulta, en caso de existir una relación sentimental de pareja, esta relación representaría el primer sistema exterior a nosotros sobre el cual se basa nuestra realidad, siendo el segundo la familia inmediata, es decir padres o hijos, en su caso. De no existir tal relación de pareja, serían los padres, hijos o hermanos quienes constituirían el primer sistema energético que formamos. Es más que obligado decir que estos ejemplos se basan únicamente en la generalidad. Existen excepciones de personas, cuyo sistema primario es conformado por un equipo de trabajo, o un grupo de amigos, o incluso tal vez el individuo solitario cuyo sistema es únicamente el ambiente que le rodea.

La realidad importante para ser tomada en cuenta es que las personas que conformen nuestro sistema serán aquellas con quienes mayor intercambio de energía tengamos, o, dicho de otro modo, las personas a las que más atados nos encontremos energéticamente; del mismo modo en el que las células cerebrales establecen conexiones estables y con el tiempo permanentes entre sí, a medida que más impulsos eléctricos (intercambio energético) comparten. Siendo igualmente proporcional a la inversa: Al disminuir esa interacción energética, esas conexiones van debilitándose hasta desaparecer.

De modo que, basados en la síntesis de lo anteriormente dicho, una vez que se alcanza el equilibrio como individuo, resulta esencial extender ese estado al sistema inmediato del cual formamos parte, sea nuestra relación de pareja, nuestra familia, amigos, equipo, o cualquiera que sea el sistema al que nos haya asignado previamente nuestro inconsciente. Lo cual, puede derivar en múltiples posibilidades.

Si nosotros individualmente nos encontramos en un estado de equilibrio estable, vibraremos de un modo muy específico, que es irradiado hacia los demás individuos que forman parte de nuestro sistema, lo cual podría bien despertar ese instinto inconsciente de la búsqueda del balance, o bien, resultar en cierto

rechazo de los individuos con un gran ego (resultado de un desbalance más pronunciado). Obedeciendo al hecho de que en general, un alto nivel de desequilibrio en un individuo es directamente proporcional a la irracionalidad con la cual su ego defenderá sus creencias y enseñanzas elementales como un absoluto, haciéndole extremadamente complejo el abrirse a comprender la verdad desde una perspectiva diferente a la propia.

Es por esto, que el proceso para lograr un equilibrio es a nivel individual y es propio, lo que quiere decir que por más que sea nuestra intención compartir el método por medio del cual llegamos a ese estado de balance, no resultará del mismo modo en cada uno, ya que esta búsqueda debe nacer de la comprensión consciente de la pertenencia a algo más grande que ese ego.

Es por esta razón que, en algunas ocasiones, este camino hasta ser parte equilibrada y funcional de nuestro sistema conlleva un recorrido que puede tornarse turbulento por momentos, debido a que no sólo debemos de librar la batalla propia con el ego que representa a nuestra mente consciente, sino que con seguridad nos enfrentaremos ocasionalmente ante el escepticismo de cualquiera a nuestro alrededor que aún viva atenido a las creencias permitidas en la realidad aceptada.

A pesar de todas las circunstancias que pudieran hacer parecer complicada nuestra búsqueda de la verdad (y su entendimiento), una vez aprendiendo a mantener ese estado de equilibrio como individuos, en automático comenzaremos a interactuar con nuestro entorno como un individuo en estado neutro, en balance, irradiando una energía calma, estable y sincera que se proyectará de modo visible a quienes interactúan con nosotros; modificando a niveles inconscientes nuestro trato hacia ellos, lo cual activará una inmediata respuesta también inconsciente a la inversa, mejorando significativamente nuestras relaciones interpersonales de todos los tipos; Y el por qué es clarísimo:

El volvernos conscientes de la pertenencia a un sistema, como parte de otros tantos incontables, nos hace automáticamente empáticos con el resto de los individuos que nos rodean, porque nos permite entender sinceramente los sentimientos de otros al hacernos capaces de identificar estos sentimientos como una energía que tiene definidos patrones vibratorios dependiendo de qué sentimiento se trate.

Así también nos volvemos sinceros de una forma natural; Al entender de modo consciente que, si nosotros mentimos, en cualquiera de todas las variedades que la palabra pudiera implicar, lo hacemos por decisión del ego, y para que otras mentes lo '*perciban*' de un modo consciente solamente. Ya que, para quien está en sintonía y comunicación con su inconsciente, resulta obvio que a este último le son inútiles las mentiras, porque posee la capacidad de percibir e interpretar la energía que se intercambia durante la interacción entre individuos, y la energía es incorruptible, de modo que siempre una *mentira* edificada en el lenguaje estará acompañada de esta firma energética específica, que la

desmiente a nivel inconsciente desde el inicio, convirtiendo el hecho de mentir en sí, en un intento ilógico y absurdo.

Sin embargo, desde el punto de vista del ego, esa ausencia de sinceridad es no sólo posible, sino frecuente en su práctica, lo cual explica en muchos casos las complicaciones frecuentes en lo que se refiere a nuestro trato con los demás. Las pruebas las vemos alrededor nuestro todo el tiempo; hay un sinfín de alusiones en la cultura acerca de cómo el mentir, o falsear (es decir, ser falsos), acarrea consigo consecuencias graves, castigos y es incluso denominado *pecado*. Y aunque, tal vez no sea tan complejo como eso, lo que sí es una realidad, es que *la mentira* va en contra de las leyes de equilibrio, y cuando caemos en esta práctica estamos automáticamente sentenciados a la caída de esa mentira en primer lugar (no importando qué tanto nos esforcemos para mantenerla), e inmediatamente después a las consecuencias correspondientes (porque sabemos de sobra que siempre las hay).

Cabe aclarar que esto no obedece a ninguna regla de cuento de hadas, al estilo: '*La verdad siempre prevalecerá*'. Esto obedece a que no importando las razones que de modo consciente nos lleven a la mentira, hacerlo es algo que el inconsciente desapruueba y, por tanto, tomará acciones y decisiones sin nuestro consentimiento a modo de exponer la mentira consciente, y eliminar el desequilibrio que esta causa.

Por eso es que, al cambiar nuestro ego por consciencia, y al vibrar en sincronía con nuestro inconsciente, la sinceridad se convierte en parte intrínseca de nuestra forma de vivir. Al comprender conscientemente que no existe engaño real de ningún tipo hacia nadie, Que todas las cuestiones en donde podamos hablar o actuar en contra de nuestros sentimientos y nuestro instinto, las reconocemos como un gasto innecesario e inútil, cuya consecuencia conllevaría a la necesidad de un posterior esfuerzo extra para enmendar lo causado por esta falta a las leyes del equilibrio.

De modo que la misma lógica nos permite decidir que es mucho más conveniente para nosotros mantener esta postura en donde existe una coherencia entre nuestras acciones conscientes y nuestro propósito inconsciente; lo que da origen a valores conocidos como honestidad o sinceridad; que, si bien es cierto que son propios de una gran cantidad de individuos, también es cierto que a nivel inconsciente es detectada de modo energético una honestidad y sinceridad genuinas en su firma vibratoria. Esto es lo que hace posible ese sentimiento de "*confianza*" entre individuos, ya que es la presencia de esta firma vibratoria y no el trato que a nuestro ego le brinde otra persona, lo que nos permite sentir esa confianza, más allá de palabras o acciones conscientes.

Así pues, entramos en un ciclo de vida progresivamente benéfico. Nuestra naturaleza, nuestro instinto nos empuja en dirección de buscar la plenitud y la felicidad en nuestra vida; La misma búsqueda del instinto despierta una sincronía interior, así la empatía y la sinceridad pasan a ser algo natural en

nuestra vida, y esto se refleja en la firma energética que nos rodea y que es percibida por otros, ya sea de modo consciente o inconsciente, causando un derrame en cascada de eventos que uno tras de otro nos colocan como parte de un sistema energético en equilibrio.

Dicho de otro modo, el individuo que ha logrado un estado personal de equilibrio, encontrará una tendencia (por no aventurarnos a llamarle necesidad) a ser parte de un sistema también equilibrado, es decir, que las consciencias que han logrado este estado, tienden a agruparse con otros individuos en la misma frecuencia vibratoria equilibrada. Ya que la energía en equilibrio actúa de un modo que pudiéramos imaginar como '*magnético*', y este magnetismo es percibido por todos los individuos, algunos de ellos de modo meramente inconsciente, causando dos posibles efectos: De atracción o de repulsión; cuando la firma de energía en equilibrio es percibida en nosotros por otros individuos, se dispara en ellos una respuesta de modo inconsciente.

De modo que, a partir de este punto, nuestro tipo de convivencia puede tomar dos variantes: O bien, puede mejorar considerablemente la interacción y convivencia con algunos individuos, o bien, que *se propicien circunstancias* que separen paulatinamente la convivencia con otros. Y cabe aclarar que ambas posibilidades obedecen a un único protocolo de selección: El nivel de equilibrio de cada uno de los individuos en nuestro actual sistema. Es decir, que mientras más agudo sea el desbalance del individuo, más será el rechazo inconsciente hacia nuestro equilibrio; Por el contrario, para los individuos que no presenten un desequilibrio significativo, les resultará incluso agradable la convivencia con nosotros. Fortaleciendo así nuestras conexiones con aquellos individuos con una energía en estado de equilibrio similar al nuestro, y debilitando o eliminando las conexiones con individuos que presentan un pronunciado desequilibrio, del mismo modo que se logra con las conexiones neuronales, cuyo ejemplo citamos anteriormente.

De este modo, nuestro sistema adquiere también equilibrio y estabilidad, mejorando con esto la retroalimentación de crecimiento como persona de cada individuo que lo conforma. Lo cual, a su vez, reafirma y propicia la concientización de la capacidad creadora de la realidad; Siendo esta concientización justamente, la llave necesaria para despertar y hacer uso de esa capacidad. Es decir, llegamos al punto de hacernos conscientes de que tenemos capacidad de crear nuestra realidad y que cualquier cosa que pudiéramos desear para nuestra vida, es accesible mientras actuemos bajo las leyes del equilibrio.

Capítulo cinco. - ¿QUÉ DESEAMOS? (De la búsqueda del objetivo.)

Definir nuestro objetivo requiere de un proceso que, aunque es sencillo en su teoría, no lo es siempre en su ejecución. Ya que lograr definir qué queremos conlleva el discernir si, para empezar, lo que hacemos o la vida que tenemos en la actualidad es realmente lo que elegimos y/o lo que nos llena a modo de hacernos sentir plenos.

El comienzo de esto es la pregunta más básica, lógica y sencilla de todas: ¿Qué quiero? Y a pesar de que la pregunta sea sencilla, la respuesta podría no serlo.

Pensemos en la pregunta de modo muy amplio, evitando respuestas simples y nimias como: fama, dinero, una pareja, un título universitario; entendiendo, de ser posible, que estas respuestas son para fines prácticos herramientas para un objetivo mayor en nuestra realidad y son sólo una parte de todos los aspectos que conforman nuestra vida.

Pensar ampliamente en la búsqueda del objetivo, en la respuesta a la pregunta (¿Qué quiero?), implica un desarrollo más complejo: Implica el plantear racionalmente el análisis de la realidad de nuestra vida como está en este momento y después racionalmente elegir una realidad que queremos crear para vivir en ella. Para después, establecer el rumbo que debemos tomar para llegar del punto *a* al punto *b*.

El racionalizar nuestra realidad actual para poder identificar los impedimentos que debemos sortear al trazar este rumbo, implica el planteamiento de muchas distintas preguntas de un origen meramente lógico: ¿Me siento satisfecho y feliz en mi realidad actual? Si no es así, ¿Qué creo que me separa de esa felicidad? ¿Qué caminos seguí para llegar hasta este estado de infelicidad?

Al ser capaces de responder a nosotros mismos estas preguntas, empezaremos a ver el camino recorrido en nuestra vida, los giros críticos que este camino ha tomado con respecto a las leyes del equilibrio y, en consecuencia, cuáles son los puntos de desbalance que deben ser corregidos para encontrar nuestro verdadero objetivo desde un modo consciente y libre de las ataduras que implica el desequilibrio en nuestra vida.

Suena de lo más sencillo, porque en realidad así es. Sin embargo, en general estamos acostumbrados a vivir en una realidad que hace que parezca ilógica la aceptación de esta verdad. Siendo esto gracias a nuestro ego, o mente consciente, quien constantemente lucha por oponerse a la aceptación, incluso a

la posibilidad de dar escucha a puntos de vista distintos a los que acepta como ciertos. Sobre todo, si esto implica hacerse responsable de todos los aspectos en su vida, de los cuales se queja.

Es por esta razón que es esencial tomar consciencia de lo importante que resulta deshacernos de la seguridad en que ya sabemos a cuál de los dioses es correcto rezar, en que ya sabemos cuál de todas las teorías sobre nuestro origen es la correcta, o que sabemos bien lo que es el bien o el mal. Ya que, en medida que nos deshagamos de nuestros prejuicios, seremos capaces de aceptar que debajo de toda nuestra historia y debajo de todo lo que creemos que es real, se encuentra un instinto que despierta en el ser consciente, una necesidad de balance y congruencia consigo mismo, y de pertenencia con lo que le rodea. Y la importancia de saber escuchar y comprender estos instintos nos lleva como individuo que se sabe parte del resto del universo, a adoptar una vida en equilibrio con lo que, y con quienes le rodean, conducta que propicia justamente el comportamiento natural en donde no necesitamos de reglas pre definidas y aprendidas para concientizarnos de que, nuestras acciones o decisiones favorecen o perjudican al equilibrio y regresan a nosotros como individuos.

Y es que es gracias a esta capacidad de discernimiento consciente que comprendemos que tenemos libertad total de llegar con nuestra vida hasta donde nosotros elegimos, mientras actuemos en cumplimiento del equilibrio. Y es por esta misma razón que cualquiera que sea nuestra meta consciente para alcanzar, es decir nuestro objetivo general de vida, debe edificarse sobre este mismo equilibrio, el de tres principios esenciales: 1.- El objetivo de vida, en el que vamos a trabajar como meta primordial debe satisfacerlos, debemos disfrutarlo al grado de hacernos sentir plenos y agradecidos. 2.- Debe aportar un beneficio al equilibrio del sistema energético al que pertenecemos. 3.- Debemos amar ese objetivo, ya que el amar cada acción que nos acerque al logro del mismo, imprimirá en esas acciones la vibra energética necesaria para que sean trascendentes.

De modo que el encontrar un objetivo para nuestra vida, sería tarea para basarse más en lo que la mayoría considera "*un sueño*", que en lo que nos han enseñado que es "*conveniente*". Por lo que no sería extraño que nuestro ego comenzara a mostrarse reacio ante el planteamiento de semejante idea, ya que nuestra enseñanza en esta realidad es que la sociedad en que vivimos exige el cumplimiento de ciertos criterios para mostrarnos su aprobación como individuos pertenecientes a esta. Y en estos criterios, se deja claro que los sueños por cumplir son aceptables para niños, porque el soñar en grande es etiquetado como un comportamiento infantil; de modo que mientras el niño va ganando edad, es atrapado por la realidad aceptada, adoptando como propio el pensamiento de que tener grandes sueños ya no es un comportamiento acorde con la madurez.

Sin embargo, para poder comprender lo que significa que algo sea catalogado bajo la etiqueta de “*infantil*”, es decir, asociado a comportamiento de un niño, no significa que sea “*malo*”; Por el contrario, si recordamos que son los niños, quienes más cercanos se encuentran aún a su instinto inconsciente, gracias a que no se les han impuesto límites aceptables, ni se les ha minimizado la consciencia a un nivel socialmente razonable, por lo que, su mismo instinto les permite creer que absolutamente todo es posible, por lo que sin pensar en límites que en realidad no existen, mientras estén creciendo en un ambiente estable, no tienen problema alguno en “*soñar*” que serán astronautas, estrellas de rock, super héroes, médicos, cantantes, bomberos, científicos, policías, deportistas y otro largo etcétera. De modo que, si tomáramos una generalidad, los niños sueñan en convertirse en individuos reconocidos por aportar aquello que les apasiona al mundo en que viven; lo que claramente explica su estrecha relación con su instinto inconsciente, previo a la “*madurez*” en donde ya se acepta que, en esta realidad, los sueños son para niños y debemos dedicar nuestra vida a lo que está establecido como aceptado.

Sin embargo, es precisamente desde este punto de vista infantil, que al preguntarnos cuál es / fue / sería nuestro sueño, dejando de lado lo que consideramos impedimentos para realizarlo, podremos ubicar con facilidad el objetivo de nuestra vida, aquello que, una vez logrado, nos llenaría como individuos; estableciendo así, el último ingrediente necesario para la estabilidad de nuestro equilibrio y, por tanto, de nuestra felicidad.

Tal vez, en el caso de aquellos que se aferraron siempre a sus instintos, la actualidad ya sea una realidad que es plena y satisfactoria; Pero si no es así, resulta una buena noticia el saber que, sin importar nuestra edad, nuestra condición o nuestra realidad actual, siempre es momento para tomar consciencia, replantear esta realidad y, en el caso de que no hallemos felicidad en ella, hacer uso de nuestra capacidad creadora para modificarla, o bien, para crear una nueva.

Por supuesto que es de esperarse, al haber vivido toda nuestra vida atados a los términos de lo que se considera socialmente aceptable para la realidad, que nuestro ego replique algo como: ‘*De sueños no se vive*’. Que es, por cierto, algo que escuchamos desde que tenemos memoria.

Sin embargo, el tipificar nuestros sueños como algo *inalcanzable* obedece precisamente a toda una vida escuchando esto, y no a algo necesariamente cierto.

La frase citada se refiere a que uno de los requerimientos esenciales en el sistema social es tener una fuente de sustento económico. Es decir, poder proveernos una cantidad de dinero suficiente para vivir. Lo que se reduce invariablemente a aportar algo a una persona o sistema de personas (formando, por ejemplo, empresas) a cambio de dinero.

Es en este punto en donde podemos notar claramente que el decir: '*De sueños no se vive*' es una trampa de interpretación subjetiva. Si lo miramos desde un punto de vista sencillo, en el sistema social y económico, todos recibimos dinero a cambio de trabajar al servicio de un sueño, ya sea propio, o de alguien más.

No importando la labor que se desempeñe o el ejemplo que se quiera tomar, si nos emplea un pequeño negocio o una compañía trasnacional, todos estamos aportando algo a algún sistema, que obedece a una *idea*, o *visión* o *sueño* (la palabra es lo de menos). La pregunta que cada uno debemos hacernos, es: ¿De quién es el sueño al que nuestro trabajo contribuye? Y la obvia pregunta siguiente debería ser: ¿Qué nos hace pensar que trabajar para nuestro propio sueño no podría también proporcionarnos ese sustento para vivir?

Es decir, adoptando un punto de vista completamente objetivo, olvidando lo que nuestro ego está acostumbrado a escuchar (y repetir) acerca de lo que es posible o imposible, siempre existe un modo viable y realizable para que, al mismo tiempo que cumplimos aquello que podríamos llamar '*nuestro sueño*', seamos compensados en retorno con lo económicamente necesario para satisfacer nuestros requerimientos, sin importar la dimensión de estos. Ya que por más iluso que esto pudiera parecer a primera vista, es sustentado por una razón de la más pura lógica: La calidad de lo que aportamos al intercambio energético con nuestro sistema

Cuando nuestro trabajo conlleva realizar aquello que somos capaces de amar, aquello que nos satisface, con lo que nos sentimos plenos e incluso podría decirse que nos aporta paz, lo realizamos imprimiéndolo con la energía del amor que generamos al realizarlo. Al mismo tiempo, si este trabajo, o labor aporta un beneficio a otros individuos, en la medida o ámbito que este sea, nos permite generar una energía de satisfacción instintiva. Y es este estado, donde ambas energías coexisten en nosotros, que se crea un sistema energético de abundancia.

Ahora bien, tal vez este término se haya visto muy comprometido en ocasiones anteriores, siendo asociado a términos que hablan de fórmulas mágicas para conseguir (¿hablando directamente?) dinero. Sin embargo, esto también obedece al que el simple término dispara ciertas respuestas instintivas en nosotros.

El pensar en *abundancia* nos evoca inmediatamente a una sensación de poseer todo aquello o más de lo que necesitamos; Y como todo sentimiento, la abundancia es un estado energético, que generamos gracias al amor a lo que hacemos y la satisfacción de aportar a otros. Y esto es de vital importancia, porque debemos recordar que nuestra existencia no sólo depende y está ligada a lo que aceptamos socialmente como *real*. Y en lo que se refiere al funcionamiento de la realidad en sí misma, la interacción energética tiene mucho más peso y veracidad que los lenguajes del ego. De modo que todo aquello que creamos, incluido por supuesto, un estado energético de abundancia, se ve

obligado a manifestarse en el plano tangible de nuestra existencia que denominamos *realidad*.

Puede que esto parezca increíble a primera vista, tal vez no; Sin embargo, debemos recordar que día a día experimentamos la existencia a un nivel energético en un sinnúmero de formas diferentes. Y esta es la explicación del por qué puede parecernos que trabajamos *demasiado* comparado a lo que tenemos, y no importando los esfuerzos, no conseguimos salir de cierta situación de carencia (entendiendo por esto nada más que la ausencia de abundancia). Esto obedece directamente a que nuestros esfuerzos conscientes, ejecutados en un plano de interacción meramente social, no podrán de ningún modo compararse con aquello que es atraído a nuestra realidad por la fuerza de la firma energética en la cual vibramos. Y el por qué también es muy sencillo: Todo, en resumidas cuentas, es energía en vibración.

Así pues, evocarnos a la realización de aquello que amamos y que, bien podría ser llamado *nuestro sueño*, es la vía más sencilla de llegar a una realidad más próspera y eventualmente, abundante. Ya que sólo aquello que hacemos con amor, con pasión y en beneficio de otros, nos lleva por el camino hacia la abundancia.

Por eso es que, no importando si lo que se nos ha enseñado en la vida nos ha hecho pensar que nuestro sueño es absurdo, irreal, infantil, la verdad es que poco sabe el mundo en la actualidad acerca de sueños, y acerca del por qué son algo presente desde las más tempranas memorias. Ya que, observando con cuidado podemos ser capaces de notar que los sueños que incluyen la grandeza, son parte del mismo instinto humano, de la consciencia que habita en nosotros y que en la infancia encuentra la libertad de expresarse, misma que conforme el tiempo avanza es suprimida si deseamos ser aceptados dentro de lo que establecen los parámetros sociales, aquellos que tienden a tipificar de *infantil* al individuo que expresa tener *grandes sueños*.

Sin embargo, el comprender que estos sueños son inherentes a nuestro instinto, significa comprender también que, como parte de este, implican una pieza clave en lo que se refiere a la búsqueda de nuestro bienestar, plenitud y felicidad. Y también es por esto que la elección de nuestro objetivo, pensando en esto como aquello a lo que vamos a dedicar la parte productiva de nuestra vida, debe obedecer directamente a aquello que nos haga sentir felices y realizados; Ya que, si nuestro objetivo es definido en contra de este instinto y a favor de estándares sociales establecidos por el ego, no habrá cantidad de trabajo que nos sea suficiente para sentirnos plenamente realizados o llegar a vivir en abundancia. Esto es logrado al escuchar a nuestro inconsciente manifestándose mediante nuestros instintos, sintonizando nuestro ego o mente consciente con estos y en este equilibrio aportar con amor, aquella labor que nos apasione.

Capítulo seis. - ¿QUÉ APORTAMOS? (Del trabajo consciente en el cumplimiento del propósito.)

Para fines de poder comprender mediante pruebas nuestra pertenencia e interacción con la realidad que vivimos, no deberíamos de ir muy lejos; no hace falta más que prestar atención a todas las manifestaciones de vida con las que compartimos este mundo. Todas ellas conviviendo bajo las leyes del equilibrio; todas ellas basadas en ingeniería de diseño matemático perfecto; todas ellas con habilidades características dignas de ser catalogadas como "*increíbles*", todas ellas coexistiendo dentro de una realidad que opera bajo leyes también perfectas matemáticamente, y la conclusión es innegable: No somos la excepción.

Nuestra existencia en sí misma está conectada al todo, en distintos modos y escalas, y regida por estos mismos principios y leyes de equilibrio, que ordenan todos los niveles de existencia en sistemas y patrones formando un fractal infinito que, podemos identificar hacia ambos lados de la escala de nuestra existencia misma; es decir, concientizando hacia dentro, todos los elementos que forman parte de nuestra existencia, haciéndola posible y concientizando hacia afuera, todo aquello de lo que formamos parte. Y nos daremos cuenta de que los mismos principios y leyes de equilibrio son las que aplican a, y estructuran la coexistencia del todo. Y de los cuales desgraciadamente nos hemos desentendido al dar por sentado que el tipo de vida que vivimos es el "*correcto*", en términos de lo entendido por el ego o mente consciente, que ha sido aleccionado desde siempre para creer precisamente eso. Porque todos somos en resumen el resultado de nuestras historias. Y cada una de esas historias está basada en lo que nos han hecho creer que es la realidad. Una realidad que está sustentada sobre la necesidad de mantener en control nuestras capacidades y ridiculizar la posibilidad de desarrollarlas, haciéndolas parecer historias de ciencia ficción; Y este control radica en generaciones de aleccionamiento, de pre – definición de todo individuo. Al momento de su nacimiento, cualquier persona ya cuenta con nombre, apellidos, nacionalidad, raza y religión (cuando menos). Como si no fuera suficiente, se le alecciona desde que tiene uso de razón sobre lo que es "*bueno*" y "*malo*", y lo que es "*posible*" o "*imposible*", sobre lo que debe y no debe sentir, incluso sobre cuáles de las funciones fisiológicas de su cuerpo son "*aceptables*" y cuáles no lo son.

Todo esto, que contribuye de manera contundente a desentendernos de los principios básicos instintivos que como consciencia viva poseemos, constituyen

los cimientos para la instauración del ego como regidor de nuestra vida. Un dictador celoso en la defensa del conjunto de creencias y aprendizajes sobre las cuales considera tener razón. Y es este hecho principalmente, el causante de que exista un desequilibrio tan generalizado presente en la vida de la mayoría de nosotros como individuos.

Con este desequilibrio generalizado del ego que debería estar a cargo de las decisiones conscientes, se habilita al inconsciente como piloto automático de emergencia para tomar decisiones y acciones (mientras pasa inadvertido por nuestra mente consciente) que generen un estado de conflicto, infelicidad y/o incomodidad en nuestra vida, con el fin de que reflexionemos de modo consciente sobre los sucesos que nos han puesto en ese estado. Sin embargo, surge como método de defensa por parte de la mente consciente, la necesidad de responsabilizar a cualquier tipo de fuerza sobrenatural por el estado de infelicidad que nos aqueja, claro está, mientras que esta fuerza sobrenatural (sea voluntad divina o maldición gitana) sea capaz de cumplir con el requisito de "*obrar de maneras misteriosas*", ya que esto le otorga al ego la comodidad de no verse obligado a trabajar en recapitular cuáles de sus propias acciones actúan como impedimento para lograr su felicidad.

Y como si esto no fuera suficiente, se ve complementado con otro método de defensa, creado a partir de lo que se nos establece como reglas del mundo real: El del perpetuo elemento faltante: Esto es, vivir siempre pensando que hace falta un elemento más para concretar nuestra felicidad. Elemento que, como ya todos sabemos, permanece siempre presente en la vida, cambiando de nombre, siendo permanentemente "*la pieza que falta*" y que es usada como una distracción que nos mantiene alejados de esa recapitulación de nuestra vida, tan necesaria para hacernos conscientes de que es nuestra la creación de su realidad y que, si actuamos haciendo conscientes las leyes del equilibrio, podemos deshabilitar ese piloto automático y tomar el control del rumbo de nuestra vida, para lograr llegar a la felicidad por medio del modo que nos plazca.

Desgraciadamente, gracias al modo en el cual concebimos la realidad, encontraremos más tendencia a pensar en esto como una fórmula mágica, que como la fórmula matemática que realmente es. Aun así, si hemos de hablar de la realidad en la que existimos, entendamos entonces que todo aquello que como especie nos ha parecido magia en algún momento y que por ser considerado de este modo era atribuido a deidades y su misterioso comportamiento (desde la salida o puesta del Sol, el trueno en medio de la tormenta, las enfermedades, las reacciones químicas, la energía eléctrica, la medicina y otro larguísimo etcétera), ha sido descifrado y comprendido mediante sus propiedades matemáticas, y por supuesto, la fórmula de la felicidad existe y no es la excepción.

Tal vez pronto conozcamos la unidad de medida mundialmente aceptada en la cual puede ser dimensionada la energía de los sentimientos, y al conocer el tipo

de energía que los constituye, estudiar y comprobar la interacción energética que se mantiene al convivir con otros individuos. Tal vez seamos capaces de especificar algún día de qué modo interactúa la energía sentimental con el funcionamiento fisiológico del cuerpo y con la vibración de la energía que da origen a la manifestación de la realidad, para dimensionarlo de un método matemático que nos permita concebir en términos calculables la realidad de nuestra influencia y determinación en el curso de nuestra vida. Tal vez cuando esto sea así, no hallaremos complicación en aceptar como realidad que nuestra existencia como energía influye directamente en la realidad que vivimos. Tal vez en un futuro podamos pedir a una computadora que calcule cuánto amor hemos generado y cuánto hemos recibido, cuánto odio, cuánta empatía, cuánta alegría, para obtener un reporte energético contable y saber con certeza qué nos hace falta para llegar al equilibrio y tomar acciones para lograrlo.

Mientras tanto, debería sernos suficiente recordar la historia de evolución de la consciencia de la humanidad: La historia en la que todo lo que no tenía una explicación cuantitativa y lógica era aceptado como magia o como voluntad divina; Y es que no hay diferencia alguna con la fórmula de la felicidad. Ya que, a simple vista, con un poco de cuidado en la observación, es comprensible que la felicidad, como estado ideal de funcionalidad del ser humano, se basa en el equilibrio dentro de sí mismo y de su participación en la estructura del todo; y un individuo que llega al estado de felicidad por haber logrado el equilibrio, descubre que este estado es completamente independiente y ajeno a las condiciones de vida que experimente.

Y es que, dentro de este estado de felicidad comprendemos que la realidad misma es un reflejo de nuestro estado de balance, un reflejo de lo que generamos energéticamente; y el modo en el que la humanidad en general ha perdido contacto con sus más básicos instintos de pertenencia, el modo en que a través de generaciones se ha transmitido como un logro, la adecuación del comportamiento humano para amoldarse a una sociedad estructurada como una oda al desbalance mismo y a la glorificación del ego, desemboca en el resultado esperado de que la gran mayoría de nosotros como individuos vivamos en la creencia de que, seguir las reglas que se nos han impuesto es suficiente para lograr la felicidad, y al no resultar así, caigamos en un estado de apatía y decepción; desde el cual encontramos mil culpables (tal como se nos ha enseñado) en lugar de interesarnos en averiguar qué ha salido mal, acercándonos a la única persona que pueda lograr un cambio en nuestra vida: Nosotros mismos.

De modo que, mientras esperamos a que las matemáticas logren explicar racionalmente nuestra interacción energética con la realidad y que la física logre explicar de modo científico nuestra conexión como individuos con consciencia con la fuente misma de energía consciente; mientras tanto, tomemos lo que sabemos por instinto inconsciente: Somos capaces de sentir vibraciones emanadas de las demás personas. Estas vibraciones o sentimientos se

transmiten y tienen repercusión en nuestra realidad: El amor cura y siembra más amor. El compartir y ayudar gratifica y siembra agradecimiento. El odio envenena y siembra más odio. La envidia corrompe y siembra soberbia. La tristeza marchita y siembra compasión. La alegría revitaliza y siembra más alegría. La sinceridad fortalece y siembra confianza. La deshonestidad daña y siembra recelo. La ira destruye y siembra rencor. La fe crea y cimenta la realidad. Lo sabemos por cierto porque al pensar en esto obtenemos una confirmación interna, y lo experimentamos en nuestra vida sin prestar mayor atención a ello.

Gracias a este instinto, que nos permite asociar un sentimiento o emoción a una consecuencia específica como resultado, podemos con facilidad discernir que nuestros sentimientos son en sí lo que conforma la gran base de la comunicación energética entre individuos. Lo que aportamos y lo que recibimos a los demás miembros de la humanidad, por decir lo mínimo. Es el modo en el que interactuamos en nuestro sistema de pareja, de familia, de trabajo; Es el modo en el que vamos aportando y recibiendo como individuos a este gran sistema energético al que pertenecemos. Y a pesar de saber internamente que esto es la realidad misma, actuamos justo como si fuéramos hijos de Dios, con la misma soberbia con la que se le describe, con la misma falta de lógica, creyendo que, por haber nacido humanos, poseedores del único tipo de "*consciencia*" que es oficialmente aceptada, no tenemos compromiso alguno con los demás individuos o con el planeta en el que vivimos.

Seguimos queriendo creer que los sentimientos son completamente involuntarios y que son los momentos que vivimos los que provocan esos sentimientos y no tenemos control alguno sobre ellos, así como también elegimos creer que "*son sólo sentimientos*" y no tienen repercusión ni consecuencia alguna.

¿Por qué? Por la misma razón que nos permite creer que somos una "*creación divina*": La soberbia de un ego sobrevalorado, que posee la gran mayoría de los individuos, dicho esto no de un modo ofensivo, sino como una realidad general resultado del entrenamiento social perpetuado por generaciones. Y es el mismo ego el que nos dificulta la claridad de concientizarnos de que esa "*vibra*" que sentimos en los demás no es otra cosa que energía, con capacidades y propiedades. Energía que tenemos la capacidad de generar y controlar.

Claro está que, dicho de ese modo, parece no más que algún tipo de superpoder de protagonista de historietas. A pesar de esto, el poder de crear y controlar la energía es parte de nuestro ser, aunque no seamos conscientes de ello. Cada sentimiento, cada emoción que nos impulsa a una acción, es energía en sí misma, y como tal, tiene su propia firma única, que puede ser percibida por otros individuos y queda impresa en dicha acción, que de ser coherente con el sentimiento que la impulsa beneficiará a nuestro equilibrio, y vice versa.

La importancia de entender el poder tangible tan inmenso de esta energía sentimental, recae directamente en las consecuencias, en caso de no aprender a manejarla adecuadamente. Ya que, todo sentimiento creado es energía generada, cuyo propósito es transmitirse, de modo que pueda crearse un circuito. Este inicia con un sentimiento propio que es convertido en una acción, esta acción interactúa con otro(s) individuo(s), cuyo ego percibe la acción, pero inconscientemente recibe el mensaje energético; La recepción de esta energía como estímulo, lleva al otro individuo a generar su propio sentimiento en respuesta, mismo que a su vez, es convertido en una acción, trayendo de vuelta el mensaje con lo que logramos una comunicación de dos vías, cerrando así el circuito de transmisión de energía. Sabemos que esto es completamente real y tangible por nuestro lugar en el gran fractal universal. Actuamos del mismo modo que las células en nuestro cerebro, cuya misión y propósito es la transmisión energética entre ellas, haciendo así posible nuestra consciencia.

Recapacitar este último pensamiento, nos permite entender por qué el propósito de la energía que generamos como sentimientos es transmitirse cerrando circuitos y creando conexiones; y así también entender que el incumplimiento de un propósito conlleva consecuencias dentro de la realidad de cada uno de nosotros.

Un sentimiento que es generado, pero no transmitido provoca una sobrecarga energética en nosotros. Es, generalmente, en estos estados de "*sobrecarga*" que la gran mayoría podemos "*percibir la vibra*" de alguien: Un enojo muy fuerte o una tristeza muy profunda; sin embargo, lo que realmente nos concierne es que, si esta sobrecarga energética no es transmitida, se acumula para transformarse en signos perceptibles de desequilibrio: desde estrés y ansiedad hasta graves y complejas enfermedades.

De modo que, como resulta lógico, la transmisión de esa energía sentimental es esencial para nuestro desarrollo, evolución y óptimo funcionamiento como individuos; Sin embargo, una significativa mayoría adopta como natural el hábito de "*guardarse sus sentimientos*", y el por qué es simple: Nuevamente el mismísimo ego.

Al ser individuos poseedores de una consciencia propia, un ego hecho de enseñanzas y creencias absolutistas, que sobrevalora estas, mientras minimiza la importancia de sus instintos y capacidades, en general permitimos que ese ego cancele al instinto de transmitir nuestros sentimientos en acciones acorde a estos.

Recordemos que el ego obedece a las creencias y enseñanzas que básicamente dependen a su vez de la zona geográfica del planeta donde hayamos nacido y de las cuales depende para colocar la etiqueta de "*malo*" o "*bueno*" a determinados sentimientos, siendo esto completamente antinatural, ya que, independientemente de cuál sea esa zona geográfica de nacimiento, todos los individuos somos capaces de generar toda la gama energética sentimental.

Razón por la cual, es tan común que conscientemente tomemos decisiones y acciones que contradicen al sentimiento interno, llevándonos así al desbalance.

Por otro lado, es gracias a las mismas creencias que edifican el ego, que pensamos que los sentimientos son una respuesta automática a los impulsos de nuestra realidad solamente, cuando la verdad es que esto también es un comportamiento condicionado:

Existe un periodo de tiempo, entre el momento en que nacemos y el momento en que nos consolidamos como individuos racionales, conscientes de nosotros mismos, en el que se adquiere de nuestra realidad inmediata, información necesaria para la edificación de la mente consciente y el desarrollo del ego. Es decir que, desde el inicio de nuestra vida, desde que somos capaces de recibir estímulos visuales o auditivos (ya sea por observación o instrucción) aprendemos a asociar ciertos sentimientos con determinadas circunstancias, como parte de la formación y consolidación del ego. Por lo que, no resultaría extraño comprender que, si un individuo nació dentro de una familia que usara la palabra "*panda*" como el más terrible insulto, aprendió a asociar esa palabra como el detonante de situaciones en las que fue perceptible una firma energética (o *vibra*) de ira involucrada, creando el precursor de una reacción. De modo que ese individuo presentará indefinidamente una tendencia a la creación de ira o al enojo ante cualquiera que lo llame "*panda*", y eventualmente, considerará esta tendencia como una reacción automática.

Como resultado de este mismo condicionamiento, es de total normalidad creer, por ejemplo, que alguien o algo ajeno a nosotros puede "*hacernos enojar*", cuando en realidad somos nosotros reaccionando con la creación de ira, gracias al condicionamiento previo para hacerlo así cuando ciertas situaciones se presenten.

Pero si somos capaces de buscar más allá de lo que se nos ha enseñado, dentro de nosotros mismos, podremos paulatinamente comprender que somos capaces de generar cualquier tipo de sentimiento, y eventualmente sentir la necesidad de vivir en un modo en el cual sentimientos y acciones van en sintonía, lo que ayuda a la estabilización del equilibrio individual y fortalece esta capacidad de generar y controlar la energía sentimental, con el fin de poder cumplir con nuestro propósito de compartir energía de un modo que pueda resultar benéfico para nuestra vida, entendiendo por benéfico el contribuir a nuestro balance y creación de la vida que deseamos.

El cómo beneficiarnos de ese intercambio energético es sumamente sencillo cuando se ha encontrado el equilibrio: La energía sentimental que transmitamos hacia los demás individuos, es recibida por ellos, que envían a su vez una respuesta energética de vuelta; de modo que somos nosotros quienes debemos responsabilizarnos de crear y transmitir sentimientos cuya respuesta favorece nuestro equilibrio, y con esto, las posibilidades de lograr nuestro objetivo.

Es decir, que es libre decisión de cada uno, qué tipo de comunicación energética desea establecer con los demás individuos dentro de sus sistemas, en entendimiento instintivo de los efectos del rango energético propio de cada sentimiento y en el entendimiento consciente y lógico de que, si deseamos obtener un resultado específico, igual de específico debe de ser nuestro mensaje.

Por supuesto que, el pleno conocimiento de esta capacidad de crear y controlar la energía sentimental se logra por medio del trabajo y la práctica, sin embargo, no omitamos la mención de la importancia de prestar atención a nuestros instintos, de ser posible, en un rango mayor de importancia comparado con los aprendizajes de nuestro ego. De este modo, reconoceremos del modo más natural la importancia de aportar a nuestro sistema una comunicación energética en equilibrio.

En cuanto a lo que aportamos, tal vez como ya mencionamos anteriormente, no exista (aún) un modo específico que calcule cuál es nuestro estado de cuenta actual en cuanto a nuestro compromiso de mantener en balance lo que damos y lo que recibimos; y afortunadamente no es algo que resulte necesario si seguimos una línea de pensamiento lógica:

El hecho de que estemos aquí, con una probabilidad para ello de menos del cero por ciento, significa ya en sí mismo una oportunidad que deberíamos hacer que valga la pena; y el averiguar cómo lograrlo, depende de no más que un poco de reflexión: Cuando hablamos del instinto de cualquier niño que imagine a qué dedicará su futuro, encontramos un factor común dentro de toda la variedad de fantásticas opciones: Aportar y trascender. Es decir, que los niños sueñan, mientras aún son pequeños (y aún existe una buena comunicación con su inconsciente), con hacer con su vida algo que aporte a la humanidad, a su familia, al sistema al que pertenece, a sabiendas que en retribución espera un reconocimiento que se manifiesta de modos diferentes. Pero a medida que aumenta la edad, el ego se reafirma como autoridad en materia de realidad, desplazando y dejando de lado los "*sueños infantiles*"; Y es que solo nos permitimos estar seguros de poder lograr cualquier cosa que imaginemos cuando el ego no ha causado estos estragos en materia de la seguridad de la fe infantil.

Tomando esto en cuenta, resulta sencillo asociar este sueño tan común en los niños, con el modo más sencillo con el cual hacemos que "*valga la pena*" nuestra vida: Aportar y trascender.

Ya que en medida que aportamos a otros individuos, contribuimos al funcionamiento de nuestro gran sistema, logrando así tanto la evolución propia como la trascendencia, a través de nuestros actos, nuestras ideas o nuestra contribución para el beneficio de otros.

Pero ¿aportar qué? Podríamos preguntarnos. Ya que, gracias a los parámetros establecidos por la sociedad, tenemos tendencia a materializar o monetizar

conceptos como aportar, ayudar o cooperar con alguien o algo más; Sin embargo, si este es nuestro pensamiento, no podríamos estar más lejos de la realidad.

El modo más básico de aportar reside en nuestra sola existencia. Cuando creamos sentimientos, cuando los compartimos, cuando gracias a la energía de estos tomamos acciones que interactúan con otros individuos, estamos aportando. Esta es la forma en la que nuestra vida marca su presencia en la existencia misma, infiriendo directa o indirectamente en la vida y realidad de tantos individuos como los que crucen camino con la nuestra; Y a pesar de que este hecho parece ser intencionalmente ignorado por la cultura del ego, esta interacción de recibir y aportar al sistema por medio de los demás individuos, es meticulosamente contabilizada por el inconsciente, que recordemos obedece a las leyes del equilibrio y toma acciones para propiciar que este mismo se mantenga.

Por lo tanto, en el entendido de que hemos sido aleccionados durante toda nuestra vida en la doctrina del ego, no sería sorprendente que la mayoría nos encontremos *"en deuda"* con nuestro sistema, siendo este desbalance la causa de que en ocasiones la vida pareciera estar *"en nuestra contra"*.

Y la solución no podría ser más sencilla: No debemos olvidar que todos los sentimientos y sus efectos son aportaciones, energía que compartimos. Sin embargo, como es lógico, no todas las veces que *compartimos* lo hacemos con la consciencia e intención de causar un beneficio. Y aquí es justamente en donde radica la diferencia en cuanto a lograr el equilibrio o no, y trascender, o no.

El aportar a otros benéficamente (a través de ideas, de sentimientos, de enseñanza, de apoyo, etc.) en consciencia y con intención de causar ese beneficio, de ayudar a la mejora de cualquiera de los aspectos de sus vidas, es uno de los compromisos principales como individuos conscientes. Si nos encontramos en una posición más avanzada o con más ventaja en cualquier aspecto respecto de otro individuo, es compromiso inconsciente el aportarle lo que nos sea posible para mejorar esa condición, porque es compromiso inconsciente la búsqueda de la trascendencia conjunta de la humanidad como especie, y el hacer consciente ese compromiso es lo que nos permite no sólo retornar a ese equilibrio con nuestro sistema, sino también, ¿Por qué no? colocar la balanza a nuestro favor.

El aportar, el dar de nosotros es esencialmente el modo en el que nos procuramos una garantía de abundancia y de bienestar. Ya que, significa utilizar conscientemente las mismas reglas del equilibrio: Mientras más aportamos nosotros, más rápido lograremos subsanar esta *"deuda"*, y al superar esta misma, aportar tanto cuanto podamos a otros individuos de un modo sincero y en coherencia con nuestros sentimientos será el modo de asegurarnos que la misma consciencia universal trabaje para aportar a nuestro bienestar.

SECCIÓN III – COMPRENDER CÓMO CONSEGUIRLO

Capítulo siete. – ¿DÓNDE EXISTIMOS? (De la constitución y creación de la realidad)

Es muy común en estos días enterarnos de nuevas teorías científicas que intentan descifrar lo que realmente constituye '*la realidad*' en la que vivimos; Y según parece, parece de lo más posible intentar explicarla a través de teorías como que nuestro universo es un holograma, o como que vivimos una simulación similar a un juego de video.

Respecto de estos temas, no nos vamos a adentrar en apoyar alguna de estas teorías en concreto. Simplemente tomemos estas como referencia de que nos acercamos incluso de manera científica a entender que, en efecto, la realidad puede ser "construida" o bien, "alterada".

Partiendo de esto, la siguiente pregunta lógica es: ¿Construida o alterada por quién?

En general, la respuesta a esta incógnita sería simple: Nosotros mismos.

Para poder entender que esta premisa obedece a una razón lógica de la mayor simplicidad y no a una fantástica idea rebuscada, debemos recordar primero, que al final del día la realidad general no es más que la amalgama de las múltiples (casi infinitas) realidades particulares de cada individuo que posea una consciencia. Así como la consciencia universal es en sí, el cúmulo de la parte inconsciente de cada individuo, del mismo modo que cada cuerpo humano está formado por un sinnúmero distinto de células, así como las partículas están formadas por átomos, y estos mismos por partículas subatómicas... El comprender que todos estos ejemplos son evidencia simple y sólida de lo acertado de la teoría de los fractales, es comprender también que la realidad en sí misma, no es la excepción que escapa a este patrón repetitivo en la constitución de absolutamente todo.

Sin embargo, la posibilidad misma de desarrollar la capacidad de creación de la realidad yace sobre la más simple y más compleja prueba: Nuestra conciencia de esa capacidad. Dicho de un modo más concreto: La capacidad de creación de la realidad nace del hecho de que el individuo tenga consciencia de la realidad de esta capacidad.

Dicho esto, es perfectamente comprensible el que lo cataloguemos como lo más simple y lo más complicado:

Simple, porque esa capacidad se encuentra latente en cada uno de nosotros como individuos conectados a la consciencia universal, porque es inherente a nosotros y porque no hay que acudir a ningún lugar en particular, ni profesar ninguna religión específica, ni tener un rango de edad correcto. Lo único que tenemos que hacer para despertarla es concientizarnos de ella, y aceptarla como una realidad.

Complicado, porque en cuestiones de lo que no es tangible o verificable, todo o casi todo lo dicho pudiera parecernos "*increíble*". A tal grado que muchos bien podrían tomarlo como fantasía o locura, lo que, dicho sea de paso, estaría desde ese mismo momento anulando su capacidad de generación de realidad. Sin embargo, para muchos individuos que por búsqueda o por causalidad hayan encontrado un equilibrio interno, sabrán de sobra, con certeza, que somos precisamente cada uno de nosotros quienes creamos lo que nos rodea. Es lógicamente comprensible si ya entendimos que en cada uno coexiste con nuestra mente consciente una fracción de la consciencia universal, que generalmente denominamos inconsciente y que cuando no estamos equilibrados con esa fracción del todo, tiene jerarquía suficiente para cambiar nuestras vidas, tomando decisiones y realizando acciones de las que no nos enteramos. Y con esta misma jerarquía es capaz de modificar la realidad para nuestro beneficio, si esto es realizado siguiendo las leyes del balance, ya que siendo el inconsciente nuestra conexión directa con esta consciencia universal, es capaz de transmitir y recibir energía y conocimiento de esta.

De modo que, si encontramos complicado o difícil el poder creer que somos nosotros mismos los generadores de nuestra realidad, sustentándonos en los mil y un pretextos universales conocidos, o argumentando que todo lo que aprendimos a lo largo de esta vida dice lo contrario, lo más probable es que nos encontremos en un profundo desbalance de nuestro propósito, arrastrando consecuencias de acciones y decisiones pasadas que nos obligan a resignarnos a aceptar que lo que ocurre en nuestra realidad, en el día a día de nuestra vida está fuera de nuestro control; porque entre otras cosas es más sencillo vivir desde la resignación y el desentendimiento. No todos están preparados para entender y aceptar que nadie más que nosotros mismos es quien delimita el curso de nuestra existencia.

Una buena parte de los individuos, incluso después de alcanzada la adultez, (cuando ya la acumulación de vivencias en desbalance hace que parezca más complicado intentar encontrar el punto de inflexión en donde comenzamos a alejarnos de nuestro propósito de mantenernos en equilibrio), preferiría ceder la custodia de su vida a una deidad, ley o fuerza de la que realmente tampoco tiene ninguna evidencia comprobable, que hacerse responsable del manejo de la misma. Los ejemplos los hay muchos: Es mucho más fácil acudir a la iglesia y

pedirle perdón a Dios, que acudir a casa de esa persona con quien tienes una cuenta de vida sin saldar y pedirle perdón de frente. Es más sencillo alegar que *"la suerte"* siempre nos envía el mismo tipo de relación disfuncional que buscar en nuestro interior para averiguar por qué nos propiciamos relaciones disfuncionales. Es más fácil asumir que en nuestra vida nada sale bien porque la vida en sí es una tragedia, que hacernos responsables de una posible culpa que nos provoca victimizarnos. Es más fácil creer que alguien nos hizo un trabajo de brujería para enfermarnos, que entender que nada pasa en nuestro cuerpo sin autorización de nuestro inconsciente y una enfermedad es una alerta de un mensaje importante o un requerimiento de equilibrio inmediato.

Es decir, en resumidas cuentas, que en general la gran mayoría de los individuos, optan por cualquier otra verdad, creencia o explicación para los eventos de su vida, mientras que, no sea: *"Esto fue formado y creado inconscientemente por mí"*.

Entonces, ¿Qué pasaría si no fuera así en realidad?

¿Qué pasaría si, por ejemplo, tomáramos todas las diferentes teorías hasta extraer de ellas los puntos en común? Podríamos ser capaces de entender que todas y cada una de las formas de entender *"la verdad"*, fueron excusas creadas con base en la verdad misma, y que despejando las diferencias entre ellas llegaremos a una misma conclusión:

Lo único que coexiste de modo perfecto es el equilibrio. Si no existiera Dios como personificación de nuestra necesidad de perdón, tampoco existiría el diablo como personificación de nuestra necesidad de castigo. Si no existiera un cielo, tampoco existiría un infierno. Si no hubiera la promesa de un paraíso eterno, no tendría sentido la existencia de un lugar de tormento eterno. Si no existieran personas crueles, no existirían tampoco las bondadosas, Si no existiera la evaporación, no existiría la lluvia. Sin embargo, si el paraíso no se ganara a base de sacrificio, todos llegarían ahí, y si el tormento no castigara todo aquello que representa una tentación para el ego, nadie nunca caería en castigo. Observar esta serie de reglas desde un punto de vista general vuelve visible que la realidad es la necesidad de balance, incluso en la elaboración de las reglas mismas. Así arriba, como también abajo. Así toda acción genera una reacción y es eso precisamente lo que da definición a nuestras vidas.

De modo que, si somos capaces de comprender esta verdad, también seremos capaces de entender el verdadero *"libre albedrío"* y la función que este tiene en la formación y evolución de cada uno como consciencia. Es decir, en la creencia tradicional, Dios dota a cada humano de un supuesto libre albedrío para que pruebe lo que él ya sabe (porque teóricamente él sabe si somos *"buenos"* o *"malos"*), y en nombre de esta comprobación que él pretende recibir de nosotros, *"permite"* incluso las peores atrocidades, para después de nuestra muerte, *"arreglar cuentas"* y después, asignarnos un premio con el cielo o un castigo con el infierno.

Sin embargo, es notable a simple vista la falta de lógica en este proceder, un fallo en el plan divino que permite actos que consideramos dañinos para nosotros mismos o para otros; una falta de lógica acerca de la cual, ninguna consciencia que pueda ser considerada superior podría ser excusada., y es precisamente esta la que debiera ser nuestra primera pista para volver a preguntarnos acerca de la metodología divina. Ya que la consciencia universal no obedece a necesidades vagas de reafirmación como la que nos hacen creer que Dios obtiene con su regalo del "*libre albedrio*". Muy por el contrario, la consciencia universal nos mantiene conectados a ella y a su propósito de equilibrio a través de nuestro inconsciente, el cual se encarga de regular o corregir nuestros actos conscientes, en lugar de permitirlos arbitrariamente sin consecuencia alguna hasta el final de nuestros días. Ahora bien, esto no quiere decir que en realidad no exista un "*premio*" o un "*castigo*" para nuestros actos, muy por el contrario. Quiere decir exactamente que ambos son recibidos en la vida, en el día a día, porque todo aquello que podamos llegar a desear o anhelar para nuestra vida es construido por nosotros mismos como realidad, pero sólo partiendo de una consciencia que cumpla con su misión de balance; y, por el contrario, el incumplir con ese balance nos atará a una realidad creada por los demás, la cual en ocasiones crearemos desfavorable para nosotros, responsabilidad de Dios, suerte o destino.

Ahor bien, es casi automático e indispensable el hacernos la pregunta: ¿Quién está creando mi realidad en estos momentos? ¿Quién o qué está definiendo el curso de mi vida? Tal vez la respuesta sea nuevamente: Dios, el destino, la suerte, el karma incluso. ¡Y todas y cada una son correctas! Por otro lado, lo que en general no es tomado en cuenta es que todas esas no son más que una de las múltiples formas de manifestarse que nuestro inconsciente tiene en la realidad en que vivimos, modelando nuestra vida con un único y genuino propósito: El que escuchemos su mensaje inscrito en nuestros instintos, para que logremos nuestra plenitud y bienestar, aportando así una esencia en equilibrio, como parte saludable del sistema que conforma. Ya que es esta misma y ninguna otra la misión de esa presencia de una parte de la consciencia universal coexistiendo con nuestra mente consciente. Y nuestra vida es una realidad creada por ese inconsciente propio, para mostrarnos una y otra vez los mismos ciclos, los mismos patrones, los mismos pesares, las mismas angustias y ansiedades, hasta que seamos capaces de comprender que nuestra realidad es, en sí misma, un mensaje de nuestro inconsciente, que tiene la finalidad de que, de modo consciente, tomemos en cuenta esos mensajes para desenmarañar los puntos de origen que dieron inicio a estos ciclos interminables.

De este modo, al hacernos conscientes de que existe un punto de partida que fue la semilla para la creación de todas las ramas de un árbol que podría representar la vida misma que conocemos actualmente, seremos capaces de aceptar, de inicio, que en realidad fuimos nosotros mismos creando nuestra realidad de modo inconsciente todo el tiempo; Siendo esta aceptación el primer paso esencial para despertar esa capacidad de creación consciente de la

realidad, la manifestación del divino regalo prometido de llegar a, cualquiera que sea nuestro concepto de cielo, aquí mismo en la vida.

Los siguientes pasos, podríamos decir que surgen instintivamente por el hecho de haber dado el primero, siendo estos la aceptación de un desbalance en nuestra vida, y el deseo acompañado del esfuerzo por corregirlo.

Y debemos aquí justamente hacer un pequeño paréntesis, ya que por supuesto que muchos individuos pueden asegurar que han intentado con muchos médicos para tratar una enfermedad que aparentemente no tiene motivo; otros tantos asegurarán haberse dado cuenta de necesitar ayuda, para lo cual asistieron a terapia psicológica; otros tantos estarán seguros de tener las cuentas a mano con Dios ya que se comportan de acuerdo a sus requerimientos; sin embargo todos estos ejemplos, aún con los esfuerzos descritos pueden presentar el factor común del: *"No me siento feliz"*.

Esto es resultado, obviamente, del hecho de que la felicidad sea también un síntoma: El primer síntoma del equilibrio de nuestro consciente o ego con nuestro inconsciente. No nos baste confundir la felicidad con alegría, con éxito, con fama, con abundancia económica; todos estos pueden existir, incluso juntos, sin que la felicidad como tal esté presente.

Pero entonces, ¿Cómo saber si somos realmente felices?

Por desgracia, si tenemos que hacernos esta pregunta es porque no experimentamos el sentimiento de felicidad genuino.

La felicidad es en sí, un estado que abarca sentimiento de plenitud, de paz, de satisfacción, de tranquilidad. Sin embargo, no es efímera, sino permanente mientras este balance dentro de nosotros perdure. Un individuo feliz puede serlo incluso atravesando situaciones adversas, puede tener momentos tristes, momentos de ira, sentir enojo, pero no por eso deja de ser feliz y pleno; Y todos tenemos la capacidad de ser felices al alcance de nuestra mano, ya que este estado, depende únicamente de la comunicación que tengamos con nuestro inconsciente, para interpretar su mensaje, entender nuestro propósito y, al sintonizarnos en él, llegar a ese punto de equilibrio en el que la felicidad es nuestra prueba principal de que estamos listos para construir nuestra propia realidad y el futuro curso del resto de nuestra vida. Porque es así y no al contrario.

Tenemos la fórmula, pero la seguimos leyendo en un orden incorrecto: En la realidad no alcanzamos la felicidad cuando obtenemos todo aquello que anhelamos. En la realidad somos capaces de obtener todo aquello que anhelamos cuando somos felices, porque serlo implica el haber comprendido que nuestra existencia es nuestra para definirla sólo cuando ya somos conscientes de nuestra pertenencia a un todo al que cualquier consciencia está conectada. De modo que, como parte de un todo; como una célula de cualquier organismo, jugamos cada uno un papel importantísimo, aunque no único en el sistema al

que pertenecemos. De modo que nuestro propósito no es otro que el mismo de una célula, mantenernos funcionales y en equilibrio con nuestro sistema. Aceptarnos como una fracción solamente, entender que no somos diferentes que las hormigas de un hormiguero o las abejas en una colmena que comparten una consciencia y propósito. Aún a pesar de la diversidad de nuestras vidas, ideas, pensamientos, creencias, preferencias y todos los demás factores cuya alineación nos identifica como únicos; no dejamos de ser individuos cuyo inconsciente es sólo una extensión más de una consciencia en colmena como la de las abejas, que debe procurarse a sí misma estabilidad, auto sustentabilidad y equilibrio.

Y exactamente del mismo modo, si nosotros somos capaces de procurarnos estos elementos, armonizando con nuestro propio sistema, el inconsciente nos permite entonces tomar las riendas de nuestra vida, siendo capaces de encontrar los medios o crear los modos para construirnos el camino a nuestro objetivo, dando así también satisfacción a nuestra mente consciente cumpliendo nuestros deseos.

De modo que, por más irónico que parezca, mientras no nos sintamos felices con las condiciones actuales de nuestra vida, no seremos capaces de cumplir ninguno de nuestros anhelos, porque esa misma ausencia de felicidad es el primer síntoma de desequilibrio en nuestras vidas, y el primero de muchos subsecuentes y probablemente "*más graves*" a medida que ese desequilibrio se vuelva pronunciado.

No existe entonces, otra salida más que comprender que a pesar de que todo parezca marchar "*bien*" con nuestra vida, si no tenemos ese estado de felicidad, la primera (casi obligada) acción para tomar es realizar una búsqueda interna, preguntarnos qué nos incomoda, qué parte de nuestra realidad no nos permite sentirnos plenos, realizados.

Puede ser cualquier cosa relacionada con nuestro trabajo, nuestra pareja, nuestra familia, nuestra casa, nuestros hijos, que de cierto modo nos incomode o nos dé la sensación de pesar o ansiedad; Cuestiones que tienen, en general un rol muy importante en la vida de cualquier individuo, porque es justamente en las cuestiones más importantes, que nuestro inconsciente manifiesta sus mensajes de forma más frecuente.

Al prestar atención a cómo percibimos nuestra realidad seremos capaces de entender que las respuestas no están en la boca del maestro, del padre, del coach de vida; las respuestas siempre han estado y siempre estarán dentro de la comunicación entre nuestra mente consciente y nuestro inconsciente. Las respuestas que satisfacen a cada una de las preguntas ancestrales, las respuestas a cada uno de los posibles "*problemas*" presentes en nuestra vida, se encuentran accesibles si buscamos dentro de esa comunicación con nuestro inconsciente; y seremos libres de entender y aplicar cualquiera de estas una vez entendamos qué significan esos problemas y adversidades y cuál es la lección

para aprender en cada uno de ellos, incluso cuando de inicio podamos pensar que no son circunstancias bajo "*nuestro control*".

Es por esto que es imprescindible recordar en todo momento, que todo lo que conforma nuestra actual realidad fue propiciado, planeado y ejecutado por nuestro inconsciente, para que seamos capaces de comprender una lección o mensaje específico y así actuar con base en este entendimiento para modificar conscientemente el desequilibrio que nos llevó a esta situación en un principio.

Todo, absolutamente todo problema tiene una solución, y el que no seamos capaces de verla es la más evidente muestra de que no hemos aprendido la lección que el problema en sí representa. Es por esto que todos nuestros conflictos, enfermedades, tragedias, pesares y ansiedades continuarán presentes en nuestra realidad hasta que logremos interpretar su verdadero significado. De modo que, si comenzamos la búsqueda hacia nuestro interior, lograremos comprender de modo consciente, los mensajes que nuestro inconsciente nos hace llegar para darnos la oportunidad de darle corrección a nuestro rumbo antes de tomar medidas extremas en donde ya no nos permite tomar acción consciente.

De modo que, cualquiera que sea el motivo que supongamos que nos aparta de alcanzar la felicidad, bien podría ser el punto de partida para preguntarnos a nosotros mismos: ¿Con qué o con quién nos sentimos en deuda? ¿Qué clase de acontecimiento, de acción o decisión tomada nos llevó a sentirnos en desbalance, al grado de suprimir nuestra felicidad?

Y es que, al ser la felicidad el síntoma más claro de balance en nuestras vidas, es evidente, que justamente esta misma felicidad es el tabulador que nos muestra el nivel de desbalance que experimentamos; pudiéndose este resumir muy ampliamente en tres tipos de individuo: La persona feliz que tiene en ocasiones "*malos momentos*". La persona que va y viene entre la felicidad y el agobio; Y la persona que vive generalmente agobiada y que tiene en ocasiones momentos de felicidad. Siendo en este mismo orden, el grado de desbalance, de menor a mayor. Desbalance que hemos creado a partir de decisiones y acciones conscientes y que nos alejaron del propósito de guía de nuestro inconsciente de mantenernos en equilibrio con el sistema al que pertenecemos.

De modo que se vuelve tremendamente sencillo entender que mientras menos frecuentemente nos sentimos felices, más necesidad tenemos de hacernos responsables de buscar el porqué de esa ausencia de felicidad. Ya que son precisamente nuestros "*momentos felices*", los que existen en nuestras vidas para darnos la pista de que esa sensación es el estado natural de plenitud al que debería pertenecer cualquier individuo consciente; y entender que la misión de nuestro inconsciente es precisamente encauzarnos en el curso del camino que nos mantenga en equilibrio y, en consecuencia, felices.

Por fortuna, esta búsqueda de las causas que causan la ausencia de felicidad, se realiza de un modo interno, sin necesidad de un método específico, y no requiere de herramientas o conocimientos especiales. Basta con un compromiso de honestidad para con nosotros mismos al momento de reconsiderar nuestra realidad para poder concentrarnos en puntos que resultan de lo más sencillos:

1. – Identificar nuestro nivel de desequilibrio con respecto de nuestro propósito inconsciente, basándonos en nivel de ausencia de felicidad en nuestra vida.
2. – Buscar entablar una vía de comunicación con nuestro inconsciente, en cualquiera de las innumerables variables conocidas, accediendo así al mensaje e instrucciones que tiene para nosotros, logrando el entendimiento de nuestra pertenencia con el todo y despertando el instinto de traer de vuelta a nuestra vida ese balance.
3. -Una vez alcanzado el equilibrio, re – conocer el concepto, y comprender las capacidades creadoras y la fuerza de la fe.

Con este compromiso genuino de honestidad en el seguimiento de estas sencillas tareas no sólo habremos logrado la posibilidad de acceder a la presencia de la felicidad en nuestra vida, sino también a la capacidad de crear conforme a nuestros deseos el futuro de la misma.

Capítulo ocho. – ¿A QUIÉN ACUDIMOS? (Del océano subconsciente.)

Es esencial entender que, esa búsqueda de comunicación con nuestro inconsciente es, por llamarlo de cierto modo, un '*atajo*' en el camino hacia el entendimiento de nuestro propósito y cómo lograrlo. Sin embargo, no quiere decir que sea el único modo; ya que, de cualquier manera, nuestro inconsciente está enviándonos mensajes todo el tiempo sin necesidad de que nosotros lo busquemos, desde los sueños hasta los que creemos específicos olvidos casuales, son mensajes a los cuales debería bastarnos prestar exhaustiva atención para descifrarlos y tomar acciones al respecto.

Sin embargo, es necesario mencionar lo evidente de un instinto humano que pasa normalmente inadvertido: En general, cuando un individuo está experimentando en su vida una carga emocional considerablemente fuerte, suficiente como para llegar a agobiar a su mente consciente, optará, de acuerdo a su edad, condiciones y posibilidades por acceder o inducirse a sí mismo en un estado de subconsciencia, o estado subconsciente. Ejemplos podemos tomar una incontable variedad; desde el niño pequeño que en medio de un llanto incontenible simplemente cae dormido; o tal vez al adulto maduro, que en medio del agobio de haber sufrido una gran pérdida, siente necesidad de acudir al alcohol; el individuo que maneja en su vida un gran estrés y toma medicamentos de prescripción para controlarlo; o la persona que presa de una significativa depresión, pasa la mayor parte de su tiempo durmiendo; Pudiendo todo esto ser resumido en el simple y sencillo entendimiento de que la consciencia agobiada, siempre pretenderá de modo instintivo a acercarse al inconsciente, en busca de refugio o consejo, como un acto reflejo incluido en nuestra programación básica que nadie tuvo necesidad de enseñarnos.

Ahora bien, también es necesario clarificar que el sumergirnos en el subconsciente es equiparable a sumergirnos en el océano. El cuánto decidamos *descender* (si decidimos hacerlo) y por cuáles medios realizarlo es opcional y sujeto a decisión personal. Lo que sí es aplicable en la generalidad, es que cuanto más profundo nos sumerjamos a nadar en este subconsciente, más seremos capaces de acercarnos a nuestro inconsciente, haciendo más clara y contundente la entrega del mensaje que tiene para nosotros, así como también lo vuelve más comprensible de modo consciente.

En general no hace falta más que un poco de investigación objetiva por vía propia para darnos cuenta de lo estrechamente relacionados que se encuentran a todas las ancestrales culturas con la divinización de cualesquiera que fueran los diferentes métodos usados para lograr lo que conocemos como un '*estado alterado de consciencia*', ya que coincidían en que era justamente por medio de estos estados que se llegaba al conocimiento divino.

Ahora bien, podemos redefinir ese '*estado alterado de consciencia*' desde el punto de vista neurológico como la variación en la frecuencia que describen nuestras ondas cerebrales.

Para los fines prácticos de nuestra búsqueda, debemos hacer especial hincapié en comprender que hay un común denominador para todas las formas existentes que nos llevan a la comunicación con nuestro inconsciente:

Ondas cerebrales theta. Es sencillo comprobar con un poco de investigación personal, cómo a través de diversos estudios científicos serios y respetables se han analizado diferentes estados alterados de consciencia, resultando (de un modo tan increíble como lógico) en que las ondas theta se encuentran presentes en los muchos medios conocidos por los que logramos una comunicación con el inconsciente: Meditación y oración profunda, estado de hipnosis, consumo de enteógenos o psicodélicos y experiencias cercanas a la muerte.

De lo cual resulta fácil deducir que es precisamente en esta frecuencia de funcionamiento cerebral, que se encuentra en un punto medio entre nuestro consciente y nuestro inconsciente, que nos es posible establecer esa comunicación, y más allá de esto, nos hace posible llegar a un entendimiento consciente de que todas nuestras preguntas tienen su respuesta dentro de esa misma comunicación. Ya que nos permite conceptualizar a nuestro inconsciente como el repositorio de toda la información que hemos acumulado a lo largo de nuestra vida y como conexión con todo el conocimiento universal que alguna vez ha existido. De modo que no hace falta buscar en ningún otro lado las respuestas a las preguntas que parecieran no tener una explicación convincente a pesar de haber intentado encontrarlas con métodos diferentes.

Por supuesto que podemos esperar a que las distintas ramas de la ciencia sigan haciendo su investigación propia para continuar aportando piezas a este rompecabezas de toda la verdad. Sin embargo, no existe carencia de evidencia contundente a este respecto: Es el estado de consciencia en el cual nuestro cerebro funciona describiendo patrones conocidos como ondas theta, en donde se establece el vínculo de comunicación con el inconsciente y, por ende, con la consciencia universal.

Por fortuna, las vías de acceso son numerosas y ninguna es exclusiva para alcanzar este estado de sincronía con el inconsciente donde ese intercambio de información y conocimiento es posible. Es decir: La meditación funciona, la oración funciona, la hipnosis funciona, los sueños lúcidos funcionan, los

enteógenos funcionan, las visualizaciones funcionan, las frecuencias binaurales funcionan... Mientras tengamos claramente entendido el propósito que a través de cualquiera de estos métodos buscamos: Ser capaces de prestar atención a la información o mensaje que nuestro inconsciente tiene para darnos; Ser capaces de encontrar ese estado de pertenencia, de comprender el lugar que tenemos en la gran imagen del todo; Ya que esto nos habilita para comprender la importancia de la presencia del equilibrio en nuestra existencia y en nuestro sistema, para entender por qué el dañar a cualquier individuo es dañarnos nosotros mismos, y la proporcionalidad directa que tiene nuestro trato con el trato que del mundo recibimos.

No debemos omitir el mencionar que el acceso al océano subconsciente es también acceso a la comprensión de la respuesta a muchas preguntas que, aunque no lo pareciera, son esenciales para nuestra existencia, ¿Por qué mis planes no resultan? ¿Por qué mis relaciones interpersonales son disfuncionales? ¿Por qué no me siento comprendido? ¿Por qué me siento solo? Ya que el estado subconsciente nos permite ser capaces de desarrollar el estado de observador cero.

Ahora bien, para comprender el concepto de observador cero, imaginemos un conflicto del cual somos parte, una discusión o argumentación cualquiera; en el entendido de que el requisito para ser parte de cualquiera de estos es adoptar una idea, postura o bando determinado, y defenderlo en oposición a otro, que nos parece "*no tener razón*". De modo que mientras estemos dentro del conflicto, nuestra realidad será solamente aquella que sostenemos e intentamos defender, lo cual nos brinda una observación individual y subjetiva del conflicto en sí.

Por el contrario, el concepto de observador cero describe la capacidad de un individuo, de mover voluntariamente su perspectiva, para adoptar un punto de vista subjetivo desde cualquiera o todas las perspectivas de los involucrados y así lograr un "*mapeo*" general del conflicto mismo para llevarlo a una evaluación, que sea consciente y objetiva. Esto conlleva el desarrollo de una empatía para con el resto de los individuos; Pero sobre todo, desarrolla la capacidad de hacernos responsables de nuestra participación, sea mayor o menor, en todo aquello que concebimos como un conflicto; Entendiendo también que, siempre que nos aferramos a la defensa irracional de alguna postura, lo hacemos obedeciendo al ego, que es realmente quien evitará por todos los modos ceder en pro de una idea o argumento que no considere propio, desechando, si es necesario todas las posibles argumentaciones al respecto, por más lógicas o acertadas que sean. Por esto es que la práctica de análisis como observador cero, se convierte en una de las herramientas intuitivas más útiles, que son potenciadas o descubiertas gracias al acercamiento al estado subconsciente.

Otra de estas poderosas herramientas o cualidades inherentes a cada uno como individuo y que despierta con la práctica de la navegación del subconsciente, es

la capacidad de comunicación entre inconscientes, que es lo que normalmente comprendemos como "*intuición*".

Ese "*sexto sentido*" del que nadie ha necesitado jamás una prueba científica para saber que existe, y que en general consiste en la capacidad de percepción que va más allá de los sentidos más ampliamente estudiados. El saber cosas que pensamos que no tenemos modo de saber, pero que en realidad tienen por explicación lógica el hecho de que nuestro inconsciente tiene capacidad de conocimiento infinita, y con posibilidad de acceder a la consciencia universal para obtener información que por medio de nuestros cinco sentidos estudiados no nos sería accesible.

Y es precisamente porque esta *intuición* o capacidad de comunicación entre inconscientes está presente en nuestra existencia (ya sea que de ella seamos conscientes o no), que hay tantos individuos que sin saber de dónde o cómo obtienen esa información, han encontrado por mero instinto el modo de desarrollar esta herramienta. Lo que da también una explicación lógica para todo lo que creemos no entender: Médiums, brujas, adivinos, mentalistas.

Por supuesto esto es, tomando en cuenta a los individuos que están más allá del intento de engaño y charlatanería, a aquellos que en realidad tienen capacidad de establecer comunicación con cualquiera de los otros individuos, comunicación que podría ser considerada como una interacción entre energía de conocimiento consciente. Mismo hecho que también brinda una explicación comprensible para la posibilidad de comunicación con quienes consideramos muertos. Ya que, no por el hecho de haber abandonado nuestro recipiente biológico, quiere decir que nuestra esencia se disuelva en la nada; como todos sabemos y se ha comprobado en términos de cómo funciona la energía, sabemos que ésta no se crea ni se destruye, sólo se transforma. De modo que no dejamos de ser energía consciente al morir; Dejamos simplemente de estar atados a las limitantes físicas que tiene nuestra consciencia para experimentar esta realidad y lograr una trascendencia, pero nuestros recuerdos, nuestros sentimientos, incluso nuestros pendientes siguen siendo parte esencial de cada uno como consciencia. Razón por la cual, hay ocasiones en las que esa consciencia, al abandonar el cuerpo, no se traslada inmediatamente de vuelta al cúmulo de la consciencia universal. Debido a que el requerimiento de balance para esa trascendencia, sigue imperando en las prioridades de cada uno como individuo, por lo que puede tomar decisión de permanecer en este plano que aún concibe como su realidad e intentar tomar acciones necesarias para encontrar ese equilibrio y sentirse libre de trascender hacia el siguiente viaje.

De modo que, lograr esa comunicación con personas que han dejado su cuerpo no es sólo posible, sino que lo es para todos y cada uno de nosotros sin excepción, por medio de este estado subconsciente. Obedeciendo esto no a la fantasía, muy por el contrario, obedece a las mismas leyes lógicas que tanto estamos acostumbrados a enfrentar con negación. No hace falta más que mirar

alrededor nuestro con atención para ser capaces de percatarnos que la comunicación lingüística por medio del habla o la escritura, que es supuestamente el pináculo de la comunicación (que tanto orgullo nos da como humanos al creer que por ello somos la especie más avanzada) es, muy por el contrario, el medio de comunicación que de modo más deficiente cumple con ese propósito, aunque, paradójicamente pueda ser considerada la más útil para los fines prácticos de la realidad en que vivimos.

La deficiencia del lenguaje como medio de comunicación radica mayormente, en la posibilidad y facilidad de corrupción de su propósito, que finalmente no es otro que el transmitir información, conocimiento, emociones y sentimientos. Sin embargo el lenguaje siempre estará limitado a la interpretación del ego o consciente, lo que compromete inmensamente ese propósito; Esto, sumado al hecho de que sin importar el idioma, siempre hay huecos; ya que hay sensaciones, situaciones, sentimientos que no alcanzan a describirse con palabras; sumado la ligera complicación de la sintaxis gracias al menor o mayor conocimiento del uso de esta por parte del individuo que envía o recibe información y el resultado puede ser muy caótico cuando se trata de la transmisión de un mensaje específico.

Es presumiblemente cierto que somos la "*especie más avanzada*" (de las oficialmente aceptadas) en el planeta, sin embargo, sabemos también que no somos la única especie cuyos miembros "*se comunican*" entre sí. Muy lejos de esto; Todas y cada una de las especies vivas de este planeta lo hacen, y muy por encima de nosotros, ya que ha sido comprobado que no sólo pueden comunicarse entre sí, sino que también lo hacen con su ecosistema y, con el planeta mismo.

De modo que, tal vez sólo la especie humana posee la capacidad de comunicación mediante lo que nosotros concebimos como un lenguaje avanzado, sin embargo, con este gran triunfo para el ego colectivo, ha venido el silencioso y paulatino olvido de lo que también a nosotros se nos ha conferido como parte de este gran sistema de vida, y como parte de la red de la consciencia universal: La capacidad de comunicarnos por medio de nuestra propia esencia energética, haciendo hincapié en el hecho de que también somos la única especie que parece haber desechado el uso de esta misma. Ya que no se nos enseña a intentar comunicarnos de otro modo, reforzando el papel imperativo del lenguaje y su fama de ser el medio de comunicación más eficiente en nuestra realidad. Hecho que sufre de aún más complicación en el cumplimiento de su propósito en medida que somos capaces de establecer comunicación en falso, es decir, somos capaces de utilizar el lenguaje para transmitir información falsa, para fines prácticos de lo que el ego considera más benéfico para sus propósitos conscientes momentáneos. Lo cual engendra de entrada una ausencia de certeza en la congruencia de lo expresado con el lenguaje y los sentimientos o pensamientos de la persona que se expresa.

Sin embargo, más allá de todo aquello que hemos aprendido, esa capacidad de comunicación por vía energética pertenece a los instintos básicos de cada uno de nosotros. Haciéndose presente de forma involuntaria a través de "*corazonadas*" o "*intuición*"; es decir, cuando recibimos información de un modo sutil directo a nuestra consciencia y sin pasar por los filtros sensoriales.

Habremos escuchado o experimentado cuestiones como: Un abrazo en silencio "*dice más que mil palabras*". Ya que esto es tan real, y tal vez aún más que el lenguaje mismo. La comunicación energética es la base de los lazos más sustentables dentro de las relaciones interpersonales. Es la razón por la que dos personas pueden comunicarse telepáticamente, o presentar pensamientos similares de modo simultáneo. Es la razón por la cual las madres saben cuándo sus hijos mienten, y la explicación para una larga variedad de sucesos que consideramos "*inexplicables*".

La comunicación energética es aquella facultad de comunicarnos por medio de la vibración de nuestra energía, directamente con otro ser vivo con consciencia, es decir (reforzando lo implícito) no necesariamente sólo con seres humanos.

Y esta vía de comunicación, que generalmente encuentra su camino en el océano subconsciente es completamente fiel a su propósito, que es el de la transmisión de información; Ya que la energía no tiene capacidad de mentir ni corromperse. Y finalmente, todos como individuos hacemos uso de esta vía de comunicación, aunque no seamos conscientes de ello. Es por eso que en ocasiones hay personas que nos causan conflicto: No sabemos qué es (ya que no estamos acostumbrados al uso de este lenguaje), pero sí sabemos que existe una incongruencia en algún punto entre lo que estas personas dicen y lo que nos parece cierto.

Esta capacidad de comunicación energética es palpable para cada uno de nosotros, y como aplica a todo lo demás, se fortalece a medida que nos hacemos conscientes de ella en nuestra realidad y nos permite aprender a sentir la firma energética de las emociones y los sentimientos de los demás, lograr el entendimiento de que cuando nos comunicamos, lo hacemos por diversos medios, uno de los cuales es incorruptible por su esencia energética; Y mientras que la habilidad lingüística obedece únicamente al consciente del individuo, la comunicación energética se lleva a cabo de modo inconsciente y es indistinta de nuestra calidad de humanos. Sólo hace falta prestar atención a cualquier tipo de forma de vida alrededor nuestro, todas están comunicándose, de consciencia a consciencia a través de la consciencia universal, no siendo nosotros la excepción. Pero a pesar de ser nuestro inconsciente un transmisor energético automático, el realizar nosotros de forma voluntaria o consciente la transmisión y recepción de mensajes energéticos, requiere de un trabajo personal que encontrará su campo de estudio en el estado subconsciente, para recuperar ese instinto propio de comunicación energética con nuestro sistema, facilitando así nuestro propósito como parte del todo.

Todo esto, desembocaría finalmente en un estado de equilibrio como individuos y con el sistema al que pertenecemos, siendo esto indispensable para poder llegar finalmente a ser conscientes de la capacidad de crear la realidad, por medio de la fe.

Capítulo nueve. - ¿QUÉ ES LA FE? (De la capacidad creadora.)

Sabemos perfectamente que ahondar en temas de religión y los eternos debates que estos conllevan es asunto tremendamente delicado. Es por esto que, en temas delicados, debemos amplificar un poco más el esfuerzo que conlleva intentar ignorar lo aprendido por el ego hasta este momento, asumiendo que cuando tenemos una respuesta de inmediata negación o rechazo ante algo nuevo, no es más que el ego defendiendo lo que le han enseñado y/u obligado a aceptar como cierto.

Es deber propio como existencias de conocimiento consciente el ampliar y compartir ese conocimiento, y de entrada eso significa no cerrar nuestros ojos y rechazar cualquier perspectiva nueva o diferente sobre aspectos tan inherentes al ser humano como es la búsqueda de la divinidad; Ya que este, junto con muchos otros temas que por ego dividimos en bandos y estandartes, son los que deberían ser la prioridad esencial por la cual abrimos a unir nuestras partes del rompecabezas de la verdad, como sistema, como especie. Después de todo, somos nosotros quienes tenemos la decisión de creer y crear.

Dicho esto, podemos partir del punto en que, en la realidad general que es conocida y aceptada por la mayoría, la voluntad que decide y ejecuta lo que ocurre en nuestras vidas es de Dios y nuestra fe *en él*, la herramienta para que su voluntad nos beneficie.

A muy resumidas cuentas, en la idea anterior se define el concepto que tenemos de la definición de la fe. Es decir, que si preguntáramos a la mayoría de los individuos: ¿Qué es la fe? Lo más seguro es que la conceptualización de esta, esté atada innegablemente a la deidad en la cual esa fe se deposita.

Esta idea equivocada de lo que es la fe, nos lleva en muchas ocasiones a sentir que perdemos esta, cuando en la religión que heredamos no encontramos las respuestas a nuestras preguntas más profundas, o las explicaciones a hechos que parecieran no tener coincidencia alguna con las promesas de Dios.

Sin embargo, la fe como tal es una fuerza energética, de las más poderosas que existen. Una fuerza que debería ser naturalmente generada y emanada por cada uno de nosotros; la verdadera fuerza creadora y modeladora de la realidad.

¿Las pruebas? Montones, de las cuales hemos sabido, o tal vez sido testigos: Los hermosamente llamados "*milagros*".

Entendemos como un milagro, un suceso que ocurre a pesar de creerse imposible, o de menos extremadamente complicado que ocurriera. Como ejemplos de una extensa variedad pudiéramos citar desde la cura de una enfermedad mortal sin explicación alguna, casos de supervivencia, ganarse la lotería, volver de un coma tras muchos años, y en general cualquier evento que desafíe completamente nuestra concepción de lo que es "*posible*" o "*real*".

Asumiendo entonces que todos aquellos sucesos que retan los límites de lo que consideramos posible, son las pruebas máximas de la capacidad creadora de la fe, entendemos también por qué los milagros ocurren de modo muy independiente de la religión que se profese o el nombre del dios al que se le adjudique. Ya que un solo individuo, que se encuentre en balance y que tenga consciencia plena de la fuerza de la fe, bastaría para crear esos milagros sin necesidad de la intervención de Dios, aunque sí por intervención *divina*. Ya que esa verdad absoluta, esa divinidad que siempre hemos buscado instintivamente se mantiene ligada y presente dentro de nosotros, a través de nuestro inconsciente. Como en tantos otros aspectos, tenemos las instrucciones, pero no las leemos de modo adecuado:

En el entendimiento de la gran mayoría de las religiones conocidas, existe una personificación de la divinidad. Una entidad superior de cuya esencia somos parte, creación o ambas, y que dicta ciertas normas que debemos seguir sin cuestionamientos con el fin de "*agradarle*". Y si cumplimos con la obediencia de estas normas, y tenemos suficiente fe, esta entidad divina nos concederá la posibilidad de llegar a vivir en el paraíso; caso contrario, si desobedecemos fallando a su mandato, en lugar de vivir en el paraíso, será nuestro destino tormento y castigo.

No es coincidencia que esta sea la esencia central de muchas creencias, ya que es a muy grandes rasgos, un resumen del funcionamiento del todo; Desgraciadamente, la diversificación de esta verdad, la gran cantidad de nombres, de dioses, de reglas en su nombre, y la necesidad de poder y control de los altos mandos al servicio de las religiones, complican el entendimiento de lo que debería ser un descubrimiento propio como individuos:

Que en realidad estamos conectados y somos parte de algo superior, concebible como infinito, divino y perfecto, una energía que es conocimiento consciente de sí mismo, que es origen y es fin, de donde surgió nuestra existencia y a donde regresará, obedeciendo a la ingeniería perfecta de los ciclos universales.

Que, al existir bajo las reglas de esta consciencia universal, el curso de nuestras vidas está sujeto a esta divinidad, y es nuestro propósito como individuos, mantenernos en equilibrio (con nuestra parte inconsciente, que es la conexión con esta consciencia infinita, y con los sistemas a los que pertenecemos).

Que, si no mantenemos ese equilibrio, el inconsciente, como autoridad sobre el ego y bajo control de la consciencia universal, puede anular nuestro deseo y

voluntad consciente para cambiar la realidad que vivimos, con el fin de aleccionarnos y llevarnos a restablecer ese equilibrio perdido, propiciándonos situaciones de adversidad que nos llevan a un estado de infelicidad.

Que al mantenernos conscientemente en ese estado de equilibrio comprendemos el verdadero concepto y la existencia de la fe, como herramienta para lograr todo aquello que conscientemente sea nuestro objetivo, en algunos casos llegándose a considerar milagro.

Sin embargo, a pesar de que todo esto pudiera ser aceptado como verdad por mero instinto, la enorme mayoría de los individuos encuentra el desarrollo de ese instinto, limitado por las creencias mismas de quien o que es Dios. Ya que en general, a todos se nos enseña que, en situaciones de Dios, no debemos discutir ni dudar porque desde ahí mismo, ya estamos cometiendo pecado.

Es por ello que uno de los estragos más grandes que este tipo de educación de religión heredada ha causado a la fecha, ha sido la pérdida paulatina y general de la fe, obedeciendo esto a razones tanto simples como específicas:

De inicio se nos enseña que la fe es inspirada *por* y depositada *en* Dios. Que, a través de nuestra fe en esta personificación de la divinidad, él como voluntad consciente y omnipotente nos otorgará sus dádivas y concederá nuestras peticiones. Esto, es muy fácilmente malinterpretado, resumiéndose al hecho de que mientras más ciegamente creamos en lo que la religión (como representante de ese dios) nos dicta, más fácilmente obtendremos su gracia y benevolencia; Hecho que a su vez complica el desarrollo de la búsqueda propia e individual de lo divino, de lo que realmente sentimos con todo nuestro ser que es la verdad, ya que esto en general atenta contra lo que se nos ha enseñado desde una muy temprana edad.

Por fortuna, el instinto de esta búsqueda de pertenencia, es tan innegable como el instinto de supervivencia; de modo que estará permanentemente ligado a nuestra existencia misma, enviando señales a través de la realidad que vivimos, a través de nuestros sueños, para que de modo consciente tomemos la oportunidad de encontrar nuestro lugar y propósito, y con esto, ser capaces de crear el tipo de vida que deseamos de modo consciente.

Cada vez es más frecuente escuchar cómo los estudios de la física y la mecánica cuántica parecen reforzar creencias como la ley de atracción y los decretos para obtener lo deseado. Al tiempo que también comprueban la influencia de frecuencias vibratorias en nuestro ser, tanto físico como mental; así como el hecho de probar que nuestros sentimientos son energía, que nuestra consciencia es creada gracias a la computadora cuántica de diseño fractal que es nuestro cerebro. Como siempre, debe ser un deseo consciente llevar todos estos conceptos al escrutinio de la investigación personal, ya que sabemos de sobra que sólo de ese modo *aprendemos*, que es la experiencia y no lo dicho por otro individuo, lo que nos lleva a formar nuestras propias conclusiones.

Lo importante de todo esto, es saber darnos cuenta de que cada vez existen más aportaciones, como piezas al rompecabezas de la verdad, de modo que cada vez quedan menos zonas por llenar en esta gran imagen. Lo cual no significa que no seamos capaces de darnos cuenta de qué imagen estamos viendo, a pesar de faltarle ciertas partes.

Al comprender que existimos en una realidad constituida en su forma más básica por energía, que se moldea y se transforma en materia, en vida, en fuerza, en calor, y comprender que la energía siempre obedece a ciclos y reglas, se abre el entendimiento de un nuevo e inmenso panorama de posibilidades, una de las cuales, es precisamente el comprender que la fe, como sentimiento, como estado, implica una fuerza energética capaz de modificar a nivel vibratorio cualquier otro tipo de energía, modificando así, la realidad en la que existimos.

Este no es un concepto nuevo, esto es exactamente lo que ha venido haciendo nuestro inconsciente a lo largo de toda nuestra vida, teniendo en control la creación de nuestra realidad, con el único propósito de despertar nuestro instinto de pertenencia. La única diferencia radica en que, si nosotros como mente consciente somos capaces de entender y acatar las reglas del inconsciente (que son las mismas de la consciencia universal) y por tanto, regir nuestras decisiones y acciones bajo estas reglas, la capacidad creadora de la realidad que siempre ha mantenido bajo dominio nuestro inconsciente, es trasladada a nosotros, pudiendo hacer uso de ella para nuestros objetivos personales conscientes, mientras no fallemos a las leyes del equilibrio y nos mantengamos como un elemento funcional y armónico de nuestros sistemas.

Es por este mismo motivo, que el decretar solamente no es suficiente, que las frecuencias vibratorias por sí mismas no son suficientes, que la terapia psicológica requiere tanto tiempo y esfuerzo y, aun así, muchas veces no es suficiente, que algunas enfermedades no se curan con los métodos conocidos o la medicina tradicional porque no son suficientes: El cambio genuino de la realidad en que vivimos radica sin excepciones en uno mismo como individuo. En el entendimiento de nuestro propósito y pertenencia, y en el cumplimiento de estos, porque esto desbloquea la capacidad del uso de la fe como herramienta de diseño de la realidad.

Finalmente, en lo que todos podemos estar de acuerdo, es que la fe es en sí misma la seguridad de hacer reales hechos o situaciones que consideramos poco probables o imposibles. Obedeciendo a otro principio fundamental: Creamos aquello en lo que creemos.

En general se nos ha enseñado que vivimos una realidad cuyo control se encuentra fuera de nuestras manos, y es por esto mismo que en esta creencia, la manifestación de la fe se da en pocos casos, y normalmente bajo circunstancias muy extremas, como en los cuales el tener fe con todo nuestro ser es la última alternativa.

Sin embargo y a pesar de todo lo que nos han enseñado a creer, la fuerza de la fe es tangible, así como también acumulativa. Del mismo modo en que la fuerza de gravedad se acumula, así también lo hace la fuerza de la fe.

No en vano sobre esta capacidad de tener fe se ha hablado desde que la humanidad es reconocida como tal. Desde el principio de los tiempos, el individuo con una mente consciente ha seguido a su instinto de adorar, agradecer y entablar comunicación con todo aquello que ha deificado. Desde fenómenos naturales como el sol y la lluvia, hasta entidades conscientes a medida que el mismo entendimiento fue haciendo más grande el razonamiento de la humanidad.

Y es que este instinto obedece al hecho de que la manera más fácil de profesar la fe es canalizarla a través de un símbolo, por eso existe la fe en un dios, la fe en el karma, la fe en el destino, y de nuevo un largo etcétera.

Por lo que tampoco es realmente relevante el tipo o el nombre del símbolo que nos sea de ayuda para canalizar nuestra fe. Es perfectamente comprensible encontrar dificultad para guardar en un cajón todo aquello que tomamos como cierto desde que tenemos memoria.

Lo que sí es sumamente relevante es irnos haciendo conscientes y comprender que todo esto, que siempre hemos dado por sentado, no es más que la herencia de un conocimiento inculcado, el cual, en la gran mayoría de los casos no nos atrevemos a debatir. Sin embargo, no es necesario debatir ni rechazar lo que nos ha sido enseñado, es simplemente tomar consciencia de que esta versión de la verdad, ni es la única que existe ni se contrapone con otras; y, por el contrario, en los puntos de comunión de las diferentes perspectivas hallaremos la imagen completa que intentamos descubrir.

Por ende, nuestro único compromiso en una genuina búsqueda de ese propósito y pertenencia, será no cerrar los ojos con rechazo ante ninguna opinión, ya que lo que llega a nosotros, lo hace obedeciendo a un comando de nuestro inconsciente, en su incansable labor de enviarnos mensajes que nos exhortan a comprender nuestra esencia y nuestro lugar dentro del todo, y al ver cumplida su labor, otorgarnos control que podemos ejercer de modo responsable al no salir del equilibrio al que estamos comprometidos.

En resumidas cuentas, la fe es la fuerza creadora que generamos cuando, en cumplimiento del compromiso con nuestra existencia, desarrollamos la seguridad de que somos capaces de visualizar una realidad que será proyectada al exterior para vivirla, mientras seamos capaces de seguir las leyes universales.

Epílogo

Hasta ahora, has pasado la mayor parte de tu vida aceptando que el mundo a tu alrededor te diga lo que es aceptable o no, lo que es posible o no, e incluso, lo que es real o no.

Gracias a esto, tu conocimiento de ti mismo y de la realidad que vives puede llegar a ser tan limitado, que no tengas gran idea de todos tus instintos y todas tus capacidades.

Sin embargo, la vida es tuya, el camino es tuyo y la decisión es tuya, de modo que todo lo dicho en las páginas anteriores puede ser, o bien una novela de ciencia ficción, o una pista para una búsqueda personal.

De modo que, si lo dicho te ha parecido incoherente, simplemente gracias por tu atención.

Si, por el contrario, al menos una pequeña fracción de ti está lista para aceptar que eres **una esencia energética consciente, conformada por un ego y un inconsciente ligado directamente a la consciencia universal, habitando dentro de un envase biológico de avanzada ingeniería genética, automático, con capacidad de curación y regeneración para interactuar en este mundo en una realidad que es el resultado del amalgama de las realidades personales proyectadas por las consciencias individuales mediante la regulación de leyes diseñadas para propiciar un equilibrio en la existencia...** Bienvenido seas entonces al primer día de una búsqueda maravillosa de tu plenitud como persona, como parte de todo lo que existe.

De ti depende hacerte responsable del curso de tu vida. De ti depende poner los límites y los pretextos o buscar un responsable ajeno a ti mismo. Si es así, no hay problema, no será esta la última ocasión en que te encuentres con el mismo mensaje:

Eres tú quien está generando tu realidad.

Por supuesto que no es *sencillo* de aceptar, la sociedad en sí misma está estructurada para permitirte la comodidad de no responsabilizarte de lo que sucede en tu vida. El sistema escolar, económico, el religioso, el social y todos los demás niveles de control cumplen a la perfección con su propósito de crear un conformismo para el potencial de tu consciencia. ¿La razón? Tan simple como contestar una pregunta:

¿Qué haría el mundo actual con individuos capaces de descubrir su potencial, de ser felices sin importar su rango o logros sociales, de ser capaces de sanar o mejorarse físicamente por voluntad o de cuestionar todo lo que se les enseña en pro de una búsqueda propia?

Si eres capaz de responder a esto, puedes comprender que el funcionamiento del mundo tal cual existe se basa en establecer límites que deben ser aceptados para mantener el control. Pero si eres capaz de aceptar que no hay autoridad definitiva para decidir qué es real o qué es posible, estos dos parámetros serán establecidos por ti.

Deseando sinceramente que decidas unirte a la búsqueda del equilibrio y tomar así el control y responsabilidad de tu vida y el futuro de ella... Con la seguridad de que serás capaz si es que así lo decides...

-Ennoia Eisenkolb Kittel-

www.in-delhabrum.com